

ALFAR



Zdany

BIBLIOTECA CENTRAL
SECUNDARIA
TEL. 2488-2427
FAX. 2488-1232

S U M A R I O

Portada de Luis E. Scarzolo. — Poemas de Rosa Chacel, Juana de Ibarbourou, Juvenal Ortiz Saralegui, Fernán Silva Valdés, Ofelia Bardesio, Martha Linari de Peluffo Beisso, Córdoba Iturburu, Delmira Agustini, Julio J. Casal. — Dibujos de Carlos A. Castellanos, A. John, Adolfo Pastor, Armando González y Barradas. — Delmira Agustini: Estudios de Emilio Oribe, Alberto Zum-Felde, Esther de Cáceres, Carlos Maeso Tognochi, Laura M. Escalante, Ofelia M. B. de Benvenuto, Gastón Figueira, Alfredo Mario Ferreiro. — Reseña de Exposiciones por Giselda Zani, — Reproducciones de Joaquín Torres García, Germán Cabrera, Cristy Gava, Carlos González, Horacio Torres, María Rosa Ferrari, Millard Sheets, Yasuo Kuniyoshi, Mabel Dwight, R. Phillips, G. Shreiber, M. Ryerson, Grant Wood, George Grosz, A. Dehn, G. Calet Bingham, W. Glackens, Georgia O'Keeffe, R. Soyer. — Ulises, por Valery Larbaud. — Retrato, por Norberto Berdia. — Cine: En torno a la magia de los dibujos, por José M. Podestá. — Libros: Notas de Clotilde Luisi, R. Almeida Pintos, Paulina Medeiros, Juvenal Ortiz Saralegui, Gastón Figueira, José Lucas, J. Bentancourt Díaz, Liber Falco, Francisco Lanza Muñoz, F. Novoa, Luis E. Pombo, Manuel de Castro y Julio J. Casal.

OBSEQUIOS CAFÉ “EL CHANÁ”

“EL CHANÁ” deseando retribuir el creciente favor del público, ha resuelto incluir VERDADEROS OBSEQUIOS en sus tarros de UN KILO neto.

Cada tarro de café “EL CHANÁ” contiene 1.000 gramos neto de café, y un finísimo vaso como obsequio.

DEFIENDA SUS INTERESES:
cuando compre un tarro de café, observe
el peso declarado y compruébelo.

Goce
LA TIBIA
CARICIA del BAÑO

FENIX

El modernísimo calentador a alcohol sólido, sencillo, económico, durable, nos asegura un servicio permanente y nos brinda las mismas ventajas de un calentador de precio elevado.

Tenga presente que consume el combustible nacional por excelencia ALCOHOL, que nunca faltará y cuyo precio está al alcance de todos los hogares.

VENTAJAS

1) ECONOMIA.

Es el más bajo hasta de 50 centavos.

2) SEGURIDAD.

Un solo punto manejarlo sin peligro.

3) DURACION.

Está constituido con materiales duraderos que garantizan su vida útil.

4) SIMPLICIDAD.

Da agua caliente instantáneamente de excepcionales y en cantidad de consumo; para su instalación en lugar de la cisterna del baño en el piso.

Venta directa en nuestras Dependencias de Muestra Primer Piso.

PARA UNO EN CÁMARA recomendaríamos el modelo "ESPECIAL" a \$ 22.99 U.S.A.; que envía una contra remoldeable a cualquier punto de la República.

Lo garantizamos contra cualquier defecto de fabricación.

\$ 1.95

POR MES A SU SOLA FIRMA

Rodríguez & Romaguera

EL BAZAR MAS COMPLETO

18 DE JULIO 916

Teléf. 81557-82049

C. A. U. S. A.

COMPANIA AERONAUTICA URUGUAYA S. A.

LINEAS AEREAS:

MONTEVIDEU - BUENOS AIRES

COLONIA - BUENOS AIRES

MONTEVIDEU - PUNTA DEL ESTE

Dirección y Administración: COLONIA 1068 - Tel. 9 21 02

Informes y Pasajes: Colonia 1068 - Tel. 8 28 24

Aeropuerto: Dársena III - Tel. 8 33 66



ANTONIO RUBIO

Remates y Comisiones

Rondeau, 1908. (Altos)

Teléf. 82316

Montevideo

Con sucursal en Mercedes

Dirección Telegráfica: RUBITROCHE

La previsión es una necesidad

y una obligación moral para
con la sociedad y la familia

Su mejor forma

ES UN SEGURO

La mejor Institución para realizarlo:

BANCO DE SEGUROS DEL ESTADO

PROCINE

PELICULAS MEJICANAS

Representante: Natalio E. Bertolini

CUAREIM 1315

La Cruz del Sur LIBRERIA

Suscripciones de ALFAR en Montevideo

18 DE JULIO, 1328

TELEFONO: 8 00 80

MONTEVIDEO

FRANGELLA Hnos.

FOTOS

Bartolomé Mitre 1323

LA BOLSA DE LOS LIBROS

CLAUDIO GARCIA & CIA.

EDITORES

equipo para la impresión •

Sarandí 441 - Misiones 1359

MONTEVIDEO

OBRAS PUBLICADAS

DUPONT AGUIAR MARIO: «El Uruguay en la Post-Guerra»	\$ 1.50
EEMBUEG ILYA: «Crónicas del Frente»	\$ 1.50
GARCIA SERAFIN J.: «Un carretero vivo»	\$ 1.50
GARCIA SAIZ VALENTIN: «Pilotos»	\$ 1.20
GUEVARA VALENTINI: «Voz de hombres»	\$ 1.80
MICELLI AMERICO: «Lenguajes»	\$ 0.60
MEHLING WALTER: «Timos hermosos»	\$ 1.50
NIN Y SILVA C.: «La libertad a través de la historia»	\$ 4.00
NIN Y SILVA C.: «Historia política de los Papas»	\$ 2.00
NOLLARE DIEGO: «Clásica refundida»	\$ 1.20
PEDEMONTE J. CARLOS: «Memorias con durezas»	\$ 1.50
PETRARCA: «Rimas»	\$ 0.60
PURIEL - RISSO - ESPARSA SANDIN: Dirig.: «Bacanalios»	\$ 10.00
RAMOS GRACILIANO: «Angustias»	\$ 2.00
ROLLAND ROMAIN: «Miguel Angel»	\$ 2.00
SHAKESPEARE W.: «23 Sonetos»	\$ 0.60
SPATAKIS LEONIDAS: «Los inocondes»	\$ 1.00
STAJANO CARLOS: «Es así...»	\$ 1.50
WHIRTH JUAN CARLOS: «Colonia Suiza hace ochenta años»	\$ 1.00
GARCIA SERAFIN: «Asfaltos»	\$ 1.50
VARIOS: 29 poemas escritos en el Uruguay y 1 en Francia	\$ 1.00
GOMEZ BROWN, J. C.: «Memorias de Maquiavelos»	\$ 0.60
MORSELLI, E.: «Légitimas»	\$ 1.50
MORSELLI, E.: «Psicologías»	\$ 1.80
LAUXAR: Selecciones de «Juan Manuel»	\$ 0.25
LAUXAR: Selecciones «Jorge Marqués»	\$ 0.25
LAUXAR: Selecciones «Poemas del Mío Cid»	\$ 0.30
LAUXAR: Selecciones «Miguel de Cervantes Saavedra»	\$ 0.30
LAUXAR: Selecciones «Garcilaso de la Vega»	\$ 0.25
LAUXAR: Selecciones «Fray Benito Feijoo»	\$ 0.30
LAUXAR: Selecciones «Romances»	\$ 0.25

Obras de J. Krishnamurti

Conferencias 1936 — Conferencias en Chile. — Conferencias en México. — Conferencias en Uruguay. — Conferencias en Argentina. — Conferencias en Nueva York. — Conferencias en Ojai. — Conferencias en Auckland. — El Reino de la Felicidad. — Experiencia y Conducta. — El Amigo Inmortal. — Fragmentos de Conferencias. — El Problema Social y Humano. — Disolución de la Orden de la Estrella.

Dirigirse: Sr. José Carbone, Avda. de Mayo N.º 1370, Buenos Aires, R. A.
— Sr. Alvaro A. Araújo, Casilla de Correo 147; Montevideo, Uruguay.

CASA YÁÑEZ

LIBRERIA

• • •

Libros de texto

• • •

MELO - Cerro Largo

**EDITORIAL
INDEPENDENCIA**

RONDEAU 1440

Teléfonos

82444

90781

Don Bernardo Glücksmann, espíritu dinámico cuyas directrices se distinguen por sus singulares y dignas realizaciones, al frente de las empresas cinematográficas, "Cinematográfica Glücksmann S. A." y "United Cinema Lda. del Uruguay" que este año ha realizado una presentación de films de extraordinaria categoría, manteniendo en tal forma el primer plano en la distribución del material cinematográfico.



C. I. P. A.

Compañía Industrial y de Producción Agrícola

SOCIEDAD ANONIMA

•

Un alimento delicado es el arroz

Pida el arroz

"Aguila" y "Olimar"

SON LOS MEJORES

EDITORIAL LAUTARO

LA MENTALIDAD PRIMITIVA

Lucien Levy Bruhl

Obra ya clásica, indispensable para el estudio de los mitos, costumbres, moral e instituciones; y donde se estudia las reacciones de los indígenas frente a los blancos, su aparentemente inexplicable misoneísmo, analizándose la medicina, magia, ordealias, etc., de los primitivos. Insustituible para las modernas investigaciones de la lógica y teoría del conocimiento.
460 páginas \$ 42.— m/arg.

LAS ETAPAS DE LA FILOSOFIA MATEMATICA

León Brunschvicg

Monumento de erudición matemática y filosófica, posee el carácter importantísimo de estar escrito con el propósito definido de dar un panorama completo de la evolución del pensamiento matemático para que, en esa historia objetiva, puedan encontrar los estudiosos los elementos precisos para la crítica filosófica.
635 páginas \$ 18.— m/arg.

Ambos libros de nuestra colección

TRATADOS FUNDAMENTALES

se hallan en venta en todas las buenas librerías y en la

EDITORIAL LAUTARO — Alsina 1941

(Buenos Aires) Rep. Argentina



MUEBLES DE ESTILO

Gracia en el diseño, delicadeza en la ejecución, nobleza en la calidad, destacan a nuestros muebles de estilo como las creaciones más descollantes en su categoría.

Por la fidelidad de su interpretación, rememoran épocas pasadas en que se hacía culto del buen gusto, y constituyen la más alta expresión del arte ebanista.

Nuestra gran variedad de estilos y modelos le asegura elegir los muebles que por muchísimos años darán distinción a su hogar,

MUEBLERIA
CAVIGLIA

25 DE MAYO 569

Oficina Postal de Granja

Ayude al país y al trabajador rural

HACIENDO SUS COMPRAS EN ESTA OFICINA DEL ESTADO QUE EL CORREO HA INSTALADO COMO CONTRIBUCIÓN AL PLAN NACIONAL DE FOMENTO RURAL. LA OFICINA DE GRANJA VENDE DIRECTAMENTE AL PÚBLICO PRODUCTOS GENUINOS ENVIADOS DIRECTAMENTE POR LOS GRANJEROS.

LOCAL: PLAZA INDEPENDENCIA 736 - Tel. 90440

TODO EL DÍA ABIERTO AL PÚBLICO

MANTECA, QUESOS, HUEVOS, VINOS, MIEL, CERA VIRGEN, JAMÓN DE CHACRA, GRASA DE CERDO, VINO BLANCO, SEMILLAS DE GIRASOL, VINO CLARÉTE, VINOS FINOS DE MESA, POLLOS, CAPONES, PATOS, PAVITAS, AVES DE RAZA, HUEVOS PARA INCUBAR, LECHONES, CHIVITOS, GALLINAS ESPECIALES, CASTARAS, MIEL DE AZAHAR Y DE CARQUEJA, DULCES DE UVA, TOMATES, PERA Y DE LECHE, PAPAS, CEBOLLAS, BONIATOS, ZAPALLOS, POROTOS, HARINAS DE LEGUMBRES, MAÍZ, ETC.

Usted tiene el deber patriótico de contribuir al desarrollo de la industria granjera del país, que es una de las riquezas bases del país, y de velar por la salud de su familia comprando productos controlados por las autoridades sanitarias del Estado.

Haga su pedido por teléfono y se le enviará de inmediato a domicilio

PLAZA INDEPENDENCIA 736

TELÉFONO 90440

Los

grabados publicados en ALFAR

son hechos por el establecimiento

fotomecánico de

**CAMPIGLIA &
SOMMASCHINI**

SAN JOSE 1118-20

TELEFONOS: 86965-92525

ESTAMPA DE MEJOR FINESTRA SISTEMA S.A.
QUE SOTTO VI MOSTRARE UNA DELL'UNO MILIONE DI OLTRE
ALI VEDI MIGLIOR AGGIORNATO A QUESTA ESTATE
E' STO A CONSEGUIMENTO DI UNA TUTTA NUOVA E INIZIATIVA DEL
SAX UN'ALTRA PAGINA DELL'ESTATE, IN QUANTO
E' STATO UN'AGGIORNAMENTO DELLA PAGINA PREVIA.



Ministerio de Obras Públicas

Dirección de Arquitectura - Dirección de Vialidad

Dirección de Saneamiento - Dirección de Hidrografía

Dirección de Ferrocarriles - Dirección de Topografía

LAS OBRAS PUBLICAS, SON FACTORES DETERMINANTES EN LA EVOLUCION ECONOMICA Y SOCIAL DEL PAIS.

LA INTENSIFICACION DE LAS OBRAS PUBLICAS EN TAL SENTIDO, ES NORTE FUNDAMENTAL DE LOS GOBERNANTES ACTUALES, QUE ARMONICAMENTE CON TAL PROPOSITO ASPIRAN A DESARROLLAR UN VASTO PLAN DE OBRAS DE CARRETERAS, SANEAMIENTO, FERROCARRILES, REGADIO, EN PARTICULAR A INCREMENTAR LA CONSTRUCCION DE ESTAS ULTIMAS, PARA QUE LOS TRABAJADORES RURALES RECIBAN UNA MAS JUSTA COMPENSACION A SUS ESFUERZOS, PARA QUE ELLOS Y SUS HIJOS PUEDAN VIVIR DE ACUERDO CON LAS EXIGENCIAS DE LOS TIEMPOS ACTUALES.

LAS DIRECCIONES QUE INTEGRAN EL MINISTERIO DE OBRAS PUBLICAS, REALIZAN EN ESTOS MOMENTOS UNA INTESA Y FECUNDA LABOR, QUE HA DE TRADUCIRSE, CONFORME A LOS RECURSOS QUE SE CUENTEN, EN UN ARMONICO DESARROLLO DE LAS OBRAS PUBLICAS QUE BENEFICIARA POR IGUAL A TODAS LAS ZONAS DEL PAIS.

Instituto de Jubilaciones y Pensiones del Uruguay

TRABAJADOR DEL CAMPO:

El pan y la seguridad en su vejez, lo constituye la Caja de Jubilaciones de Trabajadores Rurales. La ley le dá amparo por intermedio de esta Caja; donde quiera que Ud. se encuentre, trabajador del campo, afiliese a la Caja de Trabajadores Rurales. Ella protegerá su ancianidad de la miseria. Afiliese lo más pronto posible, si quiere que sus derechos sean respetados; en todas las zonas del país existen agentes del Instituto que lo afiliarán y enterarán de los beneficios que le acuerda la Caja Rural. Los trámites son enteramente gratuitos. Lleve dos retratos tipo carnet.

El Instituto de Jubilaciones y Pensiones del Uruguay, cumple una elevada función de Previsión Social, en beneficio de todos. La paz social, la seguridad general, la tranquilidad futura de la colectividad, dependen de la regularidad de sus importantes servicios. Obedezca todas las indicaciones que haga el Instituto; ellas persiguen una sola finalidad; la de cumplir los preceptos legales para lograr el bienestar general.

OBRERO O EMPLEADO:

Por su bien futuro, atienda y obedezca a las convocatorias que le hace la Oficina Nacional de «Carnet de Trabajo», Dante núm. 1851. Retire su Carnet, cuando el gremio a que Ud. pertenezca sea convocado. El «Carnet de Trabajo», será la garantía máxima del reconocimiento inmediato de sus años de trabajo para su jubilación. Le evitará trámites engorrosos. El «Carnet de Trabajo» ha sido creado para proteger a Ud., para proteger sus derechos jubilatorios, para dar a Ud. y a los suyos, el efectivo amparo que la ley le accordó. De Ud. depende que estos beneficios se hagan realidad. El Directorio del Instituto de Jubilaciones y Pensiones del Uruguay ha resuelto convocar a los patronos, empleados y obreros correspondientes a los gremios amparados por las leyes jubilatorias.

En consecuencia apresúrese a concurrir a la Oficina Nacional del Carnet de Trabajo con el fin de munirse de su respectivo carnet.



Sólida como el Cerro

S.U.C.A.S.A.

MERCEDES esq. FLORIDA
MONTEVIDEO

Ahorre

PERO AHORRE INTELIGENTEMENTE,

Hágalo en

S.U.C.A.S.A.

MERCEDES Esq. FLORIDA
Teléfonos 9 15 77 y 9 15 78

PIENSE MEDITE REFLEXIONE...

Y SUS PASOS LO CONDUCIRAN A

Grandes Sastrerías García Lamelas

LABORATORIOS

LAVOISIER

DURANTE & CARRARA
FARMACEUTICOS

Calle Buenos Aires 523, bis

Teléfono: 819 39 - Montevideo

WARNER BROS

FIRST NATIONAL SOUT FILM SINC.

M O N T E V I D E O

UNA SELECCION DE NOVEDADES

André Maurois: HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS. Tomo I (1492 - 1828)	\$ 6.—
Tomo II (1829 - 1940)	" 5.—
Federico García Lorca: LA CASA DE BERNARDA ALBA	" 1.50
Aldous Huxley: EL TIEMPO Y LA MAQUINA	" 4.50
D. H. Lawrence: EL HOMBRE QUE MURIÓ	" 3.50
Ramón Gómez de la Serna: SEIS FALSAS NOVELAS	" 2.—
Isidoro Sagüés: MAL DE CIUDAD	" 4.—
Giselda Zani: PEDRO FIGARI	" 3.—
Sara de Ibáñez: HORA CIEGA	" 3.—
Jesualdo: LA LITERATURA INFANTIL	" 4.—
Juventud Ortiz Saralegui: LAS DOS NIÑAS	" 2.50
Julio Herrera y Reissig: POESIAS COMPLETAS (Estudio preliminar de Guillermo de Torre)	" 6.—
Delmira Agustini: POESIAS COMPLETAS (Estudio preliminar de Alberto Zum Felde)	" 3.50
Enrique Amorín: EL CABALLO Y SU SOMBRA	" 1.50
Juan Ramón Jiménez: ANTOLOGIA POETICA	" 2.50
Juan Ramón Jiménez: ANTOLOGIA POETICA	" 8.—
Ángel Cabrera: EL PENSAMIENTO VIVO DE AMEGHINO	" 3.—
F. Giner de los Ríos: ENSAYOS SOBRE EDUCACION	" 5.—
B. Pérez Galdós: EL ABUELO	" 2.50
Albert Thibaudet: HISTORIA DE LA LITERATURA FRANCESA (desde 1789 hasta nuestros días)	" 10.—
Deodoro Roca: LAS OBRAS Y LOS DIAS	" 4.—
Marcel Brion: MIGUEL ÁNGEL	" 7.—
Emilio Oribe: TEORÍA DEL NOUS	" 5.—
Emilio Oribe: EL PENSAMIENTO VIVO DE RODO	" 3.—
Joaquín Xirau: EL PENSAMIENTO VIVO DE LUIS VIVES	" 3.—
Maria Rosa Lida: INTRODUCCION AL TEATRO DE SOFOCLES	" 5.—
Maria Zambrano: EL PENSAMIENTO VIVO DE SENECA	" 3.—
Alejandro Casona: LA DAMA DEL ALBA	" 1.50

*Apareció el Catálogo General Ilustrado 1945
SE ENVIA GRATIS*

EDITORIAL LOSADA S. A.

Alsina 1131

Mitre 991

BUENOS AIRES

ROSARIO

ARGENTINA

Colonia 1060

Av. O'Higgins 253

Huancavelica 288

MONTEVIDEO
URUGUAY

SANTIAGO DE CHILE
CHILE

LIMA
PERU

ALFAR

AÑO XXXI — MONTEVIDEO 1945 — N° 85

DIRECTOR:
JULIO J. CASAL

ORNAMENTACION:
RAFAEL BARRADAS

REDACCION
B. MITRE y VEDIA 2621

S U M A R I O

- Portada de Luis E. Sozzolo.
La Ansente, por Rosa Chacra.
Delmira Agustini, por Emilio Orbe:
Fer y Expresión de Delmira Agustini, por Alberto Zunz-Felde.
Fiermas, de Juana de Ibarbourou y Juvental Ortiz Saralegui.
Homenaje a Delmira Agustini, por Esther de Cáceres.
Romance en llave de AMOR, Fernán Silva Valdés.
Delmira Agustini, por Laura M. Esenante.
La GUZA, Ofelia Bardecio.
El Enigma, Carlos Minayo Tognochi. Dibujo de Carlos A. Castellanos.
SONETO, Martha Linari de Peñuffo Beiso,
Delmira Agustini, por Ofelia M. B. de Benvenuto.
Reseña de Exposiciones, por Gisella Zani. — Reproducciones, de Joaquín Torres García, Germán Cabrera, Cristy Cava, Carlos González, Horacio Torres, María Rosa Ferrari, Skull, Palomino Mother, Rafael Soyer Jasuo Kuniyoshi, Mahel Dwight, Roberts Phillips, George Shreiber, Margery Ryerson, Grant Wood, George Grosz, Adolf Dehn, George Calet Bingham, William Glackens.
- FOTOMAZ de Delmira Agustini.
Evolución de Delmira, por Gastón Figueira.
Delmira Agustini, por Alfredo Mario Ferreira.
Elegía de la Rosa en llamas, Cecilia Iturbaru.
Retrato, Norberto Berdia.
Poema, Julio J. Casal. Dibujo de Adolfo Pastor.
Ulises, por Valery Larbaud. Dibujo de John.
En torno a la magia de los dibujos, por José M. Poveda.
Libros: Notas de Clotilde Luisi, R. Almeida Fini-
tos, Paulina Moldeiros, Juvental Ortiz Saralegui,
Gastón Figueira, José López, J. Bestancourt Díaz,
Liber Falco, Francisco Lanza Muñoz, Felipe Novoa, Manuel de Castro, Luis Eduardo Pomba, y
Julio J. Casal. Roseta.

Recogemos en este número, algunos de los trabajos con que escritores y poetas, rindieron homenaje a Delmira Agustini, en el 30º Aniversario de su muerte.





L A A U S E N T E

Nuevamente, detrás de cada trono
muestra el puñal la ausente, ya olvidada.
La que dijeron muerta, vive, acecha,
con su poder artero entre la sombra
de las horas que aún lejos merodean.
El palacio mirífico del hielo
va deshaciendo su firmeza en lágrimas
y se desploman sus invulnerables
salas, tan bien amadas del cilicio;
porque llega, y el vaho que se desprende
de sus ansiosos poros va infundiendo
una tácita ira. La borrasca
en sus ojos prometen la centella
posándose en los ámbitos, arrulla
o abre su boca vesperal la calma.
Las aceradas lanzas de los astros
implacables se alargan, punzadoras,
y alas húmedas pasan, alas tibias,
alas negras, velludas, perfumadas.
Manos pasan que oprimen, impalpables,
que arrebatan o llaman al abismo
del verde imán que yace sobre el césped,
bajo el manto extendido de los cedros.
Ella vuelve, dejando la morada
donde el raptor oseño la sujetó,
y el vello de la tierra se estremeció
con desvelo febril. Su pie de rosa,
incontenible, avanza, y las murallas
como de arcilla empapan sus efluvios.
Rompe la paz, igual que el soplo frío
rompe el vaso de vidrio, con su aliento.

Delmira Agustini presenta inmediatamente, al que quiera estudiar su obra, tres grandes enigmas. Plantéanse tres problemas o ejercicios esenciales: el enigma de la creación poética realizándose en planos muy elevados de perfección, y en una mujer sumamente joven, que a los veinte años ya pudo expresar cosas extraordinariamente bellas y originales.

El enigma de la posibilidad del genio lírico, manifestándose en la poesía femenina, problema que se planteó por primera vez por los griegos, al estudiarse la personalidad de Safo, y que de tiempo en tiempo se renueva. Es decir, la aptitud de la mujer para revelarse en la creación lírica, comunicando en el verso lo que particularmente le pertenece como don de su naturaleza y en grado extremo e íntimo. El otro enigma es más dudoso. Por lo menos no es formulable sino concebiéndolo como una consecuencia de los anteriores.

Se revela, en este caso, en muy raros elementos; en aquéllos en que la interferencia de las ideas y los pensamientos en la poesía, junto con la emotividad, haya hecho posible que el lirismo resultante pueda manifestarse también, sin experiencia previa, sin aprendizaje técnico, en formas muy cercanas de la perfección. Estas formas aquí, sus versos, imágenes, dos o tres poemas breves, nada más; no son vastos poemas programados. Esta manera de colocarnos, yendo como flecha al núcleo central de esta obra, crea una situación, por decir así, de simpatía simbólica, como dicen los estetas alemanes, para valorar la lírica de Delmira Agustini. Se ha tratado de ir directamente, al mismo tiempo, al problema de la creación poética en un ejemplo de los más significativos. Además, simplificando, podría afirmarse que estas tres perspectivas, en sentido de la exposición de los tres enigmas establecidos, nos revela que la obra de Delmira Agustini, breve en contenido, va sufriendo aclaraciones y desplazamientos en la apreciación de sus aspectos más perdurables. Lo que en un principio pareció constituir la clave de la creación, pasa a ser elemento importante, pero no úni-

co en la fisonomía espiritual de la autora. Aquella visión de la mujer libérrima—contando su intimidad peculiarísima, y revelando su íntima naturaleza, ya no constituye el principal elemento de esta poesía. Lo más grave y difícil, lo más sorprendente, es lo otro: la posibilidad maravillosa de manifestarse el genio lírico, poético en abstracto, de hombres y mujeres, el genio lírico, que es transparente porque se halla en trances de dejar de ser humano, y que en la Agustini se realiza en poesías que son de la belleza y nada más; son del tiempo, de la duración, y no de tal hombre o mujer, de tales pueblos o de tal época. Los tres aspectos que se perciben en esa poesía no se hallan separados entre sí. Es decir, no hay grupos de poesías escritas en tal época, en las que se realice la creación siguiendo determinada corriente. En realidad, eso indicaría una coordinación buscada y de acuerdo con la realidad poética y la externa, no fué posible que sucediera así. Lo que ocurre es que en muchas poesías existen revelaciones de las tres tendencias, o que en otras, aparecen en forma larvada, o en otras predominan unas con sumisión de las demás. Son como franjas de materia lírica, que se extienden a lo largo de toda su creación; como esas franjas de luz móvil que el viajero vié sigueñdo sobre el lomo de los ríos.

La última advertencia y de carácter fundamental, es que estamos comentando un temperamento espontáneo y originalísimo. Nada de lo que aquí se menciona debe atribuirse a influencias de lecturas, o debidas a una cultura superior indeterminada y rica a la vez. Nada de eso. No fué posible esa confusa intervención. Se trata del análisis de un lirismo auténtico. Las influencias de las lecturas o estudios en Delmira Agustini, fueron externas e insignificantes y se revelan en algunos giros o vocablos sin mayor valor que se caen del resto de su obra.

El hecho es que, de pronto, con «El Libro Blanco», Delmira Agustini reveló su genio lírico, certamente, con un cierto grupo de poesías que no había de superar después. Esto nos obliga a considerarla, desde ese mo-

¶ Tal vez un fresco ramo de laureles fragantes,
El tóison reluciente, el ectro de diamantes,
El naufragio o la eterna corona de los
Cristos!...

Se trata de una poesía lírica en su más definida esencia. No es la voz de una mujer, ni la de un hombre: participa de ese carácter angélico, con que vienen revestidas las mejores revelaciones del lirismo. La poesía, de un solo trance de inspiración se ha revelado directamente con una creación que se desvincula de la vestidura humana. Es una imaginada aventura viajera, de carácter alegórico, como es en último término la poesía que la imaginación crea, más allá de los datos de la realidad o de la experiencia interna. El elemento lírico, lo que la imaginación diáfana y difuyente crea, se tiene que apoyar, para perpetuarse, en la idea alegórica, la idea vecina de la idea pura, que es más poética cuanto más vaga y musical se vaya manifestando.

El pensamiento filosófico también para sostenerse, en su ascensión hacia el círculo de las ideas eternas, necesitó apoyarse en las alegorías que siembran y embellecen el coloquio platónico, y lo mismo sucedió con los misticos en los trances de la sublimación infinita de las palabras.

Aquí, el poeta, dicenos:
El anela de oro canta... la vela azul asciende
En el oriente claro como un cristal, esplende
El funeral sonrosado del alba.

Se realiza la inspiración con exactos tra-

zos y definidos contornos. Las palabras, bien ajustadas en la explicación, dibujan un panorama de mar por donde se desliza una nave serenamente. La matización de los estados de alma, está bien construida. Si la idea inicial está hábilmente pensada, su realización formal se va desenvolviendo como en un poeta de experiencia y dominio de los recursos artísticos.

Llega un momento, sin embargo, en que la expectativa se confunde con un estado de emoción vivísima.

El momento supremo. Yo me estremecí!

Sueño lo que me aguarda en los mundos no
vistos...
[acaso

Tal vez un fresco ramo de laureles fragantes,
el tóison reluciente, el ectro de diamantes,
el naufragio o la eterna corona de los Cristos!

Si nos detuviéramos en los primeros versos, podríamos considerarlos integrantes de un canto de poeta de una civilización como la griega, o un inglés de aquel romanticismo helénizante de principio del siglo XIX. En la antigüedad, sin embargo, habría que ubicarlo, en caso preciso, y concretarlo en un joven que se halla dispuesto a atreverse a una aventura. No obstante, en las visiones últimas, hay un elemento, de índole más moderna, un estremecimiento de duda y de pre-sagio, que nos induce también a pensar que ese canto puede ser un canto de un alma cereana de nuestros tiempos.

E M I L I O O R I B E





SER Y EXPRESION DE DELMIRA AGUSTINI

Este homenaje a Delmira Agustini, treinta años ya pasados desde la tarde trágica en que se fué desde esta tierra de su sueño y de su inmolación al cielo de los dioses inmortales, — tiene el significado de una máxima y definitiva consagración de su poesía. No aquella que los contemporáneos pueden dar, preceario testimonio de su tiempo, muchas veces efímero, siempre sujeto a la revisión que harán de vidas y obras, otros años y otras gentes, pesándolas en la balanza de lo permanente. Cuanta soberbia fama de una hora, dispida en un chisporroteo de vanagloria! cuanta corona que laureó frentes victoriosas, marchitada en el olvido de las generaciones! La posteridad es el único crítico de juicio incontrastable, y de cuya sentencia ya no pueden regocijarse sus elegidos. Así estamos hoy frente a la vida y la obra de Delmira Agustini; frente a su muerte y a su resurrección.

Los treinta años transcurridos desde la desaparición de la grande poetisa, han afirmado su gloria, profundizando y depurando el concepto que de ella tenía su tiempo, a través del proceso de renovación literaria de una de las épocas más tormentosas y múltiples por que haya pasado la conciencia estética de dos generaciones. Dos generaciones a través de dos grandes guerras mundiales —

guerras de ejércitos y de ideas — que es decir, no sólo guerras, sino algo más trascendente para la historia del espíritu humano y de la cultura que es su forma histórica: revoluciones; por que las revoluciones y no las guerras son las que cambian las cosas.

Y nuestra época—esta época que corre, precipitadamente, desde la muerte de la poetisa hasta nuestros días — ha visto, y más que ver, ha hecho, profundas revoluciones en el orden de las cosas humanas, en las políticas, en las sociales, en las filosóficas, en las estéticas. Y es así como hemos mirado esas, en su desvalorización radical, junto a los vastos sistemas de conceptos predominantes en la primera década del siglo, los gustos literarios de las escuelas que entonces ejercían su universal e indiscutible imperio sobre las almas y sobre las letras.

Mucha ostentosa gala poética de aquel período de comienzos del siglo, ha sido arrumbada en el desván de las viejas utilerías. Poco, muy poco, es lo que sobrevive de aquel tiempo anterior a la primera guerra mundial, en nuestra poesía hispano-americana, sobre todo. Dario — en gran parte, no todo; — Herrera y Reissig, también *in partibus*; algo de Lugones; y de Delmira, lo bastante para salvar gloriosamente su personalidad genial

tución inspirada, ajena a toda sapiencia de estudio, lejos de toda didáctica libresca. Su sabiduría intuitiva está a mil leguas de toda dialéctica. Jamás se halla en sus versos un tópico de cátedra, una fórmula ideológica, una palabra de texto. Su poesía es siempre poesía pura; que eso y no otra cosa, es la pureza en poesía: no hablar sino su propio lenguaje.

A otro aspecto de su personalidad — no suficientemente comprendida y aclarada hasta hoy, para la mayoría de sus lectores — quisiéramos referirnos esta tarde, por que ello nos parece más necesario ahora que un gran público heterogéneo acude a su homenaje. Señoras y señores: aquella gran poetisa del erotismo y aquella espléndida mujer amorosa que ella fué, no corresponden a una realidad biográfica tal como fácilmente se imagina y como muchos de sus admiradores vulgares lo suponen. Queremos decir que el erotismo de su poesía no traslunta una vida erótica. Toda su pasionalidad está en sus versos, y las venus azules de su *maestro*; se *extrae de milagro en su cerebro*. Ella lo dice. Y quienes le conocieron lo saben. No fué una mujer de aventuras sino una aterrorizada soñadora del amor. Y esta comprobación no la haceemos ciertamente, en salvaguardia de ningún prejuicio moral, religioso o burgués, que sería impropio, — pues, personalidades extraordinarias como la suya, están fuera y por encima de los euanajes comunes de la moral — sino por simple acatamiento a la verdad de la historia. Quizás para muchos, como en el caso de Safo, la leyenda fuera aquí más sugestiva que la historia misma. Pero así como la comprobación histórica ha destruido la leyenda de la gran cortesana griega para mostrarnos a una Safo maestra de jóvenes — y no suicida — es forzoso borrar de la imaginación popular el mito de una Delmira Agustini de vida erótica inten-

sa, para que se comprenda cuál es el verdadero sentido de su poesía.

Quienes, erróneamente, buscan la verdad de la poesía en la realidad de la amistad, inferiorian, entonces, que el erotismo de esta poesía es puramente imaginativo y hasta meramente literario. Pero, para los que saben que la verdad poética más pura no es la de la realidad objetiva sino la del sentimiento, y que toda creación de arte es fabulación de la vida interior, el erotismo delmiriano es, poéticamente, el más auténtico; precisamente por que se vertió, transportado, en la expresión lírica.

No decimos, entiéndase, que la poetisa careciera de experiencia amorosa, sino que, en su poesía no debe buscarse el documento biográfico. La poesía de Delmira, como la de todos los grandes líricos, vive, no de lo que sucede, sino de lo que no sucede; de lo que no sucede en el mundo histórico, pero sí en el del sueño, que es la forma más profunda de la vida del Yo.

El erotismo de «Los Cílicos Vacíos» es expresión de una dramatidad dolorosa que radica en el conflicto mismo del Ser, del Ser humano. Agonía constantemente renovada entre su realidad y su sueño, entre su cuerpo y su alma, entre su yo y su mundo, la angustia vital y espiritual al par, redime a su poesía de toda vulgar sensualidad; y la eleva, a menudo, a cimas de idealidad heroica, en un sacrificio simbólico de si misma, tal como en los repetidos momentos en que aspira o clama por la estirpe gloriosa que nacerá del abrazo carnal, así ya trascendido.

No pretendo — ni pretenderá el auditorio — que se encierre en estos breves comentarios un estudio crítico de la poesía y de la personalidad de Delmira Agustini, tarea que ya, en parte, he procurado cumplir en páginas que todos conocen. Limitémonos a la clásica frase del homenaje, que no excluye la verdad, sino que es como su ala eneandida, remontándola a la claridad de su gloria.

VISION DE DELMIRA

Llega una sombra amada toda oro y centella
Un ritmo de clarines marca el paso fugaz.
Es inclita la planta y la frente de estrella,
Fulgoira de zafiros el alto pectoral
Visión que ya nos cierra un bosque de laureles
;Oh Diana de la muerte altanera y triunfal
La siguen sus lebreles y el coro de los himnos,
Va dejando su cauda por el cielo inmortal
Cien flechas de diamante cayeron de su aljaba,
Cien tórtolas insignes heridas de rubí,
Pero ya está en la selva negra y enmarañada
Tendimos el oído, temblando, a su ¡alahí!

J U A N A D E I B A R B O U R O U



DELMIRA AGUSTINI

Desde el tiempo, racimo de espesura,
una coral angélica suspira
el delicado verso de Delmira,
que rueda en un molino de hermosura.

En ella, toda flor, es aventura;
la frente, pórtico; la cabeza, lira.
Emblema de la noche que delira,
doliente son de una agonía pura.

Dígote siempre majestuosa torre
o torreón de aurora transparente;
dígote palma, dígote simiente

de todas las mujeres que en tí corre,
;Oh Delmira, tan casta para el viento,
como deseada para el pensamiento!

J U V E N A L O R T I Z S A R A L E G U I



HOMENAJE A DELMIRA AGUSTINI

Hace tiempo algún alma ya borrada fué mía...
Se nutrió de mi sombra... Siempre que yo
quería el abanico de oro de su risa se abría
o su llanto sangraba una corriente más...
Alma que yo ondulaba como una cabellera
derramada en sus manos... flor del fuego y

[la cera
Murió de una tristeza mía... tan diáfila era.
Itan fiel
que a veces dudo si pudo ser jamás.

En esta música de tensas pausas aprendí
yo —hace muchos años— el alma de Delmira Agustini. Aun reverendo la hora y el ámbito;
y la inolvidable voz que cantaba estos versos. Era la primera clase que oía yo a
María Eugenia Vaz Ferreira, cuyo magisterio amo evocar relacionándolo con aquél que
los Angeles Músicos o el Salmista pueden tener... La voz cantaba este secreto.

«Hace tiempo que un alma ya borrada fué
[Imfa...]

Tal revelación no se me separa del reverendo entrañable de aquella primera figura de Delmira que mis ojos tocaron en el umbral de «Los Cálices Vacíos». Es un retrato lleno de

candidosa gracia, en el que aparece una mujer en figura de sueño, alejada, antigua y fina como una estampa extrafísima. De aire y marfil son la figura, el ropaje y la dulce actitud distante. Y algo traslúcido como la atmósfera vecina del mar, envuelve este reposo todo vivo.

Esto evoca — y una ciudad que llegó a concebir, y que está aquí rodeada de mar por todas partes; en ella la vida es fácil; pero el encanto de su ritmo se trunca en hostilidad de batalla cuando un paso ligero ensaya la nueva danza. Y las calles se hacen grises y duras, las caras hostiles, las casas inhospitales.

El espíritu burgués, que ha borrado la gracia del mundo, se pose a escandalizar; a cerrar puertas y ventanas; y a escarnecer.

Veo a esa figura de sire y marfil en este difícil vivir de ciudad pequeña, pobre, burguesa, despojada — Montevideo hace 30 años.— Por el camino de los cantos, huye Delmira, en el sueño feliz y prodigioso. «Preparadme una barcha como un gran [pensamiento,

en la luz antigua de la celebración griega.
En ella corrió a buscar las grandes sombras
inclinadas de la meditación del Espíritu fren-
te a la Naturaleza. Y en la carne llamó,
golpeó, cantó, mordió, lloró. Mas sólo un sa-
bor de hielo y de vacío descolgó su labio de
sorpresa. Y la desesperación se encaramó,
oscura en su alma.»

Escucháis el canto:

«Es mi cuerpo una torre de Recuerdo y Es-
[pera...]
que se siente de mármol y se sueña de cera...
Tu sombra logra rosas de fuego en el hogar.
Y es mi alma un castillo desolado y sonoro
con páginas de tedio y humedades de lloro...
Tu sombra logra rosas de nieve en el hogar.

Mármol y cera, fuego y nieve, desolación
y sonora música: por eso tantas veces, la evo-
co cuando miro aquella figura de Isadora

Duncan danzando en el Teatro de Dionisos
y tantas otras veces — muchas veces — la
evoco buscando las grandes sombras incli-
nadas de la Meditación. Entonces pienso,
en su cruz, en su agonía, en su ir y venir con-
tradictorio, en la raíz metafísica de esta vida
y este canto. Y ya puedo ver el carácter uni-
versal que los poemas tienen, y que crece con
su misterio ontológico revelado.

Y ya Delmira no me parece tan sola.
Aqella figura de aire y de seda — en dulce
actitud de sueño, ceñida por transparente al-
ro tan claro como el aire de mar; aquella cri-
atura de erucificados mármoles, ha fugado ya
por caminos de misterio que mi corazón y mi
Fe pueblan con seres como aquéllos que Dan-
to desplegó en la inmensa rosa sin muerte,
toda en la luz del Amor «que mueve el sol y
las estrellas».

E S T H E R D E C Á C E R E S





A D E L M I R A A G U S T I N I

(Romance en llave de amor)

Yo soy Delmira Agustini
—meridiano del amor—
cálida boca sedienta
del vaso en que beben dos.

Soy la boca que pronuncia
el universal clamor
que vertido a cualquier lengua
huele, suena y dice: **Dios**.

Yo soy Delmira Agustini:
los labios de la pasión;
una línea horizontal
ardiendo en llama de amor.

Yo soy la gran caracola
inocente y sin rubor,
pues que si el pecho del mar
jadea en un caracol,
en mis volutas de sueño
jadea todo el amor.

Yo soy Delmira, Delmira;
uno, sediento de **dos**;
un alarido con sed
o una sed hecha voz.

Yo soy un grito tan alto
que hasta las cumbres llegó.
Pueden anidar los buitres
en las plumas de mi voz.

Soy la mujer inocente;
la desnudez sin rubor;
ignorante como el viento
pero sabia como el sol.

Y soy la mujer de cielo
y de infierno, que ambos dos
van de mis pies a mi frente
como rumbos hacia **Dios**.



D E L M I R A A G U S T I N I

Cuando Delmira Agustini compuso sus primeros poemas Montevideo era una cillada ciudad provinciana sometida a costumbres austeras y principios severos. Es en este ambiente taciturno de rígida burguesía, que irrumpen sus cantos colmados de pasión y mortales desvelos. Causaron la misma alarma de una hoguera que se enciende en la noche, y que nadie espera; pero ella continúo trabajando, aislada, sumergida en lo suyo, ignorando la mala leyenda que crecía en torno de ellos, y que todavía los críticos no han logrado destruir del todo.

Sobresaltaba la potencia de su genio que la dotó de pronto, sin trabajos ni experiencias preparatorias, de una vida poética grande, fuerte y madura, sobreponiendo de muy lejos la humana, tan limitada, frágil y breve; y luego los estados exaltados que sus versos revelaban, en donde se desborda la riqueza de su temperamento, incomparable y profundo.

La primer composición de toda su obra: «El poeta lleva el ancla», escrita a los veinte años, la impone con un carácter definitivo entre las primeras creadoras híacas de la literatura uruguaya. Después de algunas poesías de serena belleza como la ya nombrada

y «Por los campos de ensueño», donde se siente su anhelo de habitar solamente su mundo poético, todavía al margen de la pasión, aparecen en otras composiciones de ambiente más turbado, los temas que van a acompañarla siempre.

Los fundamentales, que serán: La Musa y el Amor, y los subtemas: el Silencio, la Melancolia, el Orgullo, la Soledad, lo Inefable, el Horror del mundo, el Ensueño con sus principes, el Misterio, y la conciencia de su propia grandeza que la condena al aislamiento.

Pero la sustancia primordial de su poesía es el Amor, que en «Explosión», nos lo muestra sano, fresco, con alegrías y entusiasmos adolescentes, y que en seguida adquiere una sombría madurez, porque en la vida artística de Delmira todo se realiza rápidamente, en medio de un ritmo ansioso y apremiante, como si las fuerzas que la impulsan supieran que no hay tiempo que perder.

Es entonces que aparece en sus versos ese acento aparentemente impúdico, por el que fué tan condenada, y esa exaltación afectiva con la que buscan conseguir realidades superiores, en medio de deslumbramientos rápi-

dos y violentos en los que su alma se sumerge extasiada.

El camino que ha elegido es árido y lleno de desconocidos peligros, y así a los éxtasis sieden estados turbulentos, en que las ideas y las imágenes se le escapan, hundiéndose en nebulosidades y brumas que su pensamiento angustiado levanta y traspasa, tratando de rescatarlas, y trayéndolas turbias y empapadas de abismo, a la zona densa de su inspiración poética.

Alma viva y gigantesca, penetra hasta el corazón mismo de las sensaciones guiada por una sensualidad dolorosa, dejada de lo contingente, en la que se organiza su conciencia creadora, y de la que puede hablar con absoluta libertad, sin sentirse impidiida, porque no es para ella placer sino superación, imperativo de la naturaleza que busca por caminos siempre nuevos, la realización de los destinos misteriosos de los seres elegidos, para llevar a paraisos que ninguna religión sospecha.

Por eso Delmira ama el cuerpo, no por su belleza plástica, sino por su belleza íntima, por la sensación escondida que en él se produce.

El erotismo común liga a lo material y lo terreno, y limita y hasta anula a veces los vuelos del alma. A Delmira la ayuda a evadirse del mundo, a borrar totalmente la vida cotidiana que no logra penetrar jamás en ninguno de sus versos; la levanta hacia regiones impregnadas del calor de sus deseos, pero cada vez más altas, en las que su espíritu se enriquece, fulgura y se atormenta por ir siempre más y más allá, por lograr contactos con cosas divinas y definitivas.

Un ser de tal calidad amorosa no podía ser satisfecho por ningún afecto terreno; no encontró a nadie a quien poder entregar tal amor, la única alma capaz de compartirlo esté en medio de las torturantes presencias que la acosan en *Mis amores* o en *«Visión»*; en ese rostro que viene de tan lejos, el más

triste por ser el más querido, o en ese espejo «taciturno», como un bongo gigante brotado en los rincones de la noche, que después de llenarla de esperanzas, se convierte en un immense pliegue de la sombra. Nos hace presenciar una búsqueda ansiosa a través de los principios del ensueño; todo su espíritu se entrega a ella con un movimiento integral de sus potencias, que se agitan confusamente, abriendo infinitas perspectivas trágicas. Su mundo es un oleaje de neblinas que trata de adquirir formas definidas, pero sombrías hondonadas le salen al paso y se sume en ellas, desesperada y suficiente acatando con orgullo su tremendo destino.

«No era un artifice del verso», dice Zum Felde, «No tenía temperamento apto para el tipo de disciplina de los parnasianos. Pero tiene una cierta preocupación por la forma; en sus cuadernos originales se encuentran versos repetidos varias veces con ligeras variantes, lo que revela una bisagra de perfección expresiva, aunque más siguiendo un impulso intuitivo que una preocupación intelectual y lógica. La caligrafía de estos cuadernos, desordenada y febril, nos da el sentido un poco vecino a la embriaguez, en que parecería haberse sumido su alma en el momento de la eresión, alejándose de toda realidad material, manteniendo con ésta a penas el contacto necesario para poder estampar en el papel, la marea misteriosa y cálida de sus emociones.

Esto si bien da a sus versos una vida ardiente, y una atmósfera poderosa que penetra, imponiéndose, con la seducción un poco malsana de una droga en el alma del lector, llena de imperfecciones, a veces muy graves, su producción. Pero en las composiciones en que ha logrado a pesar de su impetuosidad salvar el equilibrio de la forma, su lirismo alcanza planos raramente igualados. Es entonces que la vemos en la plenitud de su genio terrible y espléndido, embargado de Amor, Soledad y Orgullo por el cual su nombre se va haciendo cada día más perdurable.



L A G A R Z A

A Delmira

Ventanas imanadas,
no me llaméis a mí,
huída de la espuma.
A la orilla del mundo
con mis sienes dudosas
y mi sombra emplumada
donde inicia la flauta su luz.
Antes de nube detenida
por un miedo del blanco.

Gacelas y colores, desconocedla,
músicas, escuchadla:
—«¡Oh cantos y paseos destruidos!
Ya cierran los violines
bebedores de pausas.
Aquél que era la selva
levanta una alegría malherida,
el que cambiaba días como mares
y a veces era un templo,
en el alba una prisa de hormiga,
sus manos como hojas abandona.
El niño que jardines despertaba,
aquél de la mañana preferido,
aquél que defendía un racimo
de asombros rodeado de preguntas
como pámpanos, lentamente se oxida,
manchados de ciprés

sus rubios movimientos.
Y el joven que corría
con una tempestad en el cabello,
como corren los prados en la tierra,
el capitán del riesgo,
duerme bajo la lluvia.

¡Oh cantos y paseos detenidos!
Arena de doncellas, regiones
por sus cuerpos afinadas,
murmurillos sostenidos
por los hilos de sus labios,
temores distraídos,
no hay tiempo de decir «soñamos»,
a la fuente. Oh danzas acalladas,
cementerio de sedas,
cartas bajo los siglos,
suspiros de marfil.

Tan lejos de las horas separados
los viejos que se cierran como libros,
contando las sorpresas que tuvieron
como las escaleras sus peldaños,
como la estampa que recuerda
sus libertades polvorrientas...

Y sin embargo vuelve la tibia primavera
sobre hojas de hombres y memorias con musgo,
en himnos convirtiendo los silenciosos
nardos de los huesos.
Niño sobre las ruinas levantado,
¿de dónde viene tu sonrisa?»





Dibujo

Carlos A. Castellanos

E L E N I G M A

Un día encontré a la poeta y entre otras cosas me dijo: «No busquen a Delmira Agustini, el día que la encuentren no la volverán a ver».

Fué inútil ocultarse bajo la estrella que no espera; temblaba su voz; en la herida de las hierbas padecía.

Le oscurecían el rostro hermoso, y la veía mejor cuando la campana de luciérnagas la dejaba ausente, sobre un dardo de areilla que se llevaba sus ojos; retornándole grata reverdecida, para hallarla fugitiva madurez bajo el menguante.

Y comenzó a esconderse bajo el astro desconocido, apareciendo la mujer cascada que venía del ala que camina con el manzano, sobre el granizo de la música.

Era la miel de su sostén, el goce tornasol de los olivos, inclinando un silencio de clamor: en su boca hacia las agujas.

De pronto un remo de nieve sobre el paseo negro de la vida, adormeciéndola entero, levanta un grito marfil; sólo le dejó el Espíritu de la fatalidad y estrellas para shuventarla.

Y como yo me dormía con el rocío, se confió esparcido por el contorno de la melodía, desenvolviendo la lengua; alegre de soñar, por ser alfarero nostálgico no ensardece los pájaros diamantes de sus constantes desvelos.

Inesperadamente quedaron erguidos, junto al hechizo de la ausencia que venía aclarándose solo desde el fondo cristalino; encarecidamente corrió por debajo los arcos desgarrados, el garfio caliente de no morir y bajando por los nudos de musgo, con la muesa de sus tinieblas la brota frescura, antes de despojarla, siebla de su armadura, le dejó en la orilla sombría, la ruta fina con el pie desbordado.

Y como no podía recoger la bandada de su vigor, se fué con el misterio del ser al profundo escollo y lo arrojó con su imagen de abejás a la penumbra de sal, desprendiendo el haleón que la mueve su parva; ya no tuvo temor; acechando en brocal desolado prolonga con su oscuro tambor, un desengaño lento; al volverlo en la dulcísima tabla que no sólo fué su cintura vacía, lo retuerce, junco de su bruma y empeñó a resonar el racimo angustiado hasta forjarse la remota estampa; después se la clavó en la garganta.

Suhió por el destello del finísimo sangrar y lo hizo curvar, quitándose el cinturón amargo, lo ató alrededor del farol vagabundo y la resplandeció su colmena desnuda.

Ya sin broncos de templarse, sacó de su piedra el relámpago y le quebrantó las breves alegrías nublándola, espiga para que no huya de su pecho ceniza.

Ciñéndose suavemente por el borde gris,
se va enduzando la asperenza, al salir por el
cauce sin rueda, desabriga la doliente brasa;
apareciendo con el rostro iluminado de una
flor extraña, el alma inmensamente bella de la
poetisa, sosteniéndola con el imán de sus
alas enrojecidas, le vuela por el dorado cerco
el polen de sus cánticos, sobre el párpado
de su espada de arena, y se la hunde por
luna en otro despertar más apacible.

¡Al fin lo rinde con el flanco delicado de
su ternura!...

Encarnizado en la lluvia que la reposa flo-
reciéndola, al huir la tienta a salir del astro
que la desgranó en su gruta, donde nunea
vió los sueños.

Al asomar a la vida, quedó sorprendida:

la fisonomía que se había delineado en la
resonancia del astro desconocido, existía
en el mundo de los vanos rumores, era quien
amparaba su anacardado refugio.

El Espíritu de la fatalidad que amanecía
por su dulzura, no la reciente y apaga el en-
canto de su luz.

Yo creo haber oído en la diafanidad del
aire, con aquella misma voz que ya no se tur-
ba, por ser reflejo del nogal atardecido, que
fué otra flor con su mismo semblante, la que
se apagó en un lago de fuego bajo un coro
de sollozos.

Porque aquél mismo astro amanecido, cuan-
do no desata su perfil en las noches de tor-
menta, los grillos levantan sin georde su bro-
te, y brillan más lejos los lirios.

C A R L O S

M A E S O

T O G N O C H I



S O N E T O

Ahora amargo el campo sin trigales,
Trescientos serafines silenciosos
cegados por azares pavorosos
custodian el color de tus misales.

Corren azules riesgos los vitrales.
Van gimiendo los huesos herrumbrosos
en los viejos umbrales milagrosos,
cuál vino que derrumba catedrales.

Los rojos gritos trocarás en mieses
si Tú quieres del fuego tan cercano
dar gargantas azules a los peces.

Tú que formas los nardos del verano,
y reposas en ríos de cipreses,
alza tu voz y detendrás la mano!

M A R T H A L I N A R I D E P E L U F F O B E I S S O



Dibujo de Armando González

DELMIRA AGUSTINI

Es indudable que la perspectiva de su ubicación histórica entre el 24 de octubre de 1886, fecha de su nacimiento y el 6 de julio de 1914, fecha de su muerte, no nos va a esclarecer gran cosa el misterio poético de Delmira Agustini.

Nos dicen sus sobrias biografías y las referencias de su hermano único, Antonio Luciano, que se deslizó en una niñez algo silenciosa y retraída y que vivió bastante apartada del mundo, en el amor de sus padres, Santiago Agustini Medina, uruguayo y María Murfeldt Trinea, argentina. Por la línea materna descendía de franceses-alemanes y, por la paterna, de corsos-franceses; el abuelo paterno combatió en la batalla de Trafalgar a los once años.

Nunca fué a ningún instituto de enseñanza ni siquiera para las primeras letras; su madre fué su maestra. Su padre le enseñó a pintar. Luego concurrió al taller de Domingo Laporte, donde conoció a André de Badet, que escribió sobre Delmira en la *Revue Mondial* del 1.^a de agosto de 1931 e hizo la traducción al francés de algunos poemas.

Tenía veinte años cuando publicó, incluyendo composiciones hechas desde los quince, su primer obra «El libro blanco», en 1907, con un prólogo de Manuel Medina Betancourt. Este libro produjo verdadero asombro. Nuestro filósofo Carlos Vaz Ferreira escribió sobre él: «Si hubiera de apreciar con criterio

relativo teniendo en cuenta su edad, etc., diría que su libro es simplemente un «milagro»; no debiera ser capaz, no precisamente de escribir, sino de «entender» su libro».

En 1910 publicó «Cantos de la Mañana», con prólogo de Pérez y Curis quien nos dice: «Yo no encuentro entre las poetas antecdotomas de América una sola comparable con ellas».

«Los Cálicos Vacíos», revisión y selección, con otros poemas nuevos, de sus dos libros anteriores, se publicó en 1913. Anunciaba una obra futura, «Los Astros del Abismo» que no llegó a cristalizar; a principios de 1914 aparecen también algunas poesías que Delmira no colecció. Se han hecho ediciones de sus obras, posteriores a su muerte, conteniendo poemas que ella misma había excluido de la publicidad; por ejemplo, composiciones hechas a los diez años.

Casóse con Enrique J. Reyes y fueron testigos de este casamiento desdichado, Juan Zorrilla de San Martín, Carlos Vaz Ferreira y Manuel Ugarte.

Antes de haber transcurrido dos meses de su matrimonio, regresó a su hogar porque, según sus palabras, «no podía soportar más tanta vulgaridad».

Sin embargo, iniciados ya los trámites del divorcio, continuó entrevistándose con su esposo sin que de ello tuviese conocimiento su familia; hasta que, el 6 de julio de 1914, en

de la claridad a lo nebuloso, siempre hay un rasgo que es preciso señalar y es el del paralelismo de lo diurno y de lo nocturno, no del todo simultáneo sino más bien sucesivo, si es que los geómetras lo permiten así. En su lírica, ese paralelismo es de tal envergadura, que ya es un mito de doble cabeza, en el cual la apología de la lux trae aparejada, con otra perspectiva, la apología de la sombra. El alma humana, sobre la superficie de la tierra, refleja el mismo juego divino de los días y las noches, que dan su sabor a la tierra en el cosmos.

Aquella lugubre coquetería de lopectral que al principio se ofrece concretamente y luego se niega entre brumas, que al mismo tiempo la estimula hacia el misterio y la asombra evadiéndose, encarna una de las intuiciones más arroadoras, intensas y delirantes de su lírica. La lucida inmaterialidad de sus deseos proyecta sobre los abismos de lo real, la dolorosa quimera de sus imágenes, cuya inconsistencia física no puede resistir el hábito brutal de los humores. Sabe ir explorando sus propios misterios que serían inaccesibles a los demás; los atrae a la superficie, les da forma y en un breve instante, los muestra iluminados, a nuestros ojos, sustrayéndolos así al mundo ideal en que milagrosamente viven.

Y a la vez, sólo la aparición fugitiva de esas imágenes con una especie de realidad independiente fuera de nosotros, hace posible que no se quiebre del todo la voluntad de vivir.

No obstante, ese confesado esfumarse del objeto de sus deseos, ese desvanecimiento de sus imágenes propias, esa defrancidón, no es habitual en la lírica de Delmira, en la cual los sentimientos generalmente llegan a su madurez y se realizan en plenitud. Y es de notar que lo más rico del poema, lo más prolíjamente cantado se vierte en la parte positiva, digamos, en la parte del crecimiento de la esperanza, porque luego, cuando se frustra el deseo, cuando podría desarrollarse el tema elegíaco, la poetisa cierra de golpe su canto. Es decir que en tanto que generalmente es lo negativo, el fracaso, lo inaccesible, lo que inspiraba la creación propiamente romántica de su tiempo a pesar de todos

los vendavales modernistas, en ella, el vuelo más intenso está en la afirmación, en lo creciente, en lo que tiene una madurez vital y una profunda sustancialidad.

Porque esa, su opulencia sensorial que va resistiendo el andar del tiempo ya que no se sustenta sólo en sí misma, no podría darse con el mismo esplendor en el fracaso de sus deseos que en el éxito. Y hasta eso mismo que está debajo de lo sensorial y lo sustenta, le exige, imperativamente, la temática de lo que crece y madura y no la de aquello que se desvanece y fracasa.

Ella no es de temperamento elegíaco, crepuscular, ceniciente, a pesar de las notas dramáticas y patéticas de su canto. No se inspira en el dolor muy localizado y abstracto de todo otro contacto opuesto. Hemos visto que siempre nos canta en un dualismo que forma la esencia indescartable de su alma.

Es verdad qué a pesar de todo lo afirmativo y rebosante de su lírica, ella estaba desesperada; pero no le entró estrechamente al sufrimiento ni a la desolación; así también, aun cuando sus voces eran, después de todo, un soliloquio, nunca le cantó estrechamente a la soledad. En todos sus poemas se siente una tibieza de compañía a menudo fraguada, pero siempre vital.

Cuando el sentimiento de la soledad o el de la desesperación aparecen, lo hacen en una forma segada; son como oquedades semi invisibles en la soltura casi orgiástica de sus instintos; se esfuman oblicuamente entre esos presagios iluminativos del amor a la belleza corporal; no detienen el empuje divino de su arrebato lírico; no interceptan lo que asciende desde la tierra hasta los cielos; pero, con o sin ellos, Delmira supo crear un arte que, al decir de José Bergamín con otros propósitos, fué también, «un arte de hacer temblar». Y para ello tuvo que desajustar los ritmos femeninos interiores y exteriores, para volver a ajustarlos de nuevo. Quizás se cumple en ella aquel proceso que señala Proust: «El genio artístico actúa a la manera de esas temperaturas expresamente elevadas que tienen el poder de dislocar las combinaciones de átomos y de agruparlos según un orden absolutamente contrario, respondiendo a otro tipo».



Martín (diez)

Joaquín Torres García

RESEÑA DE EXPOSICIONES

CARMELO RIVELLO, EN «AMIGOS DEL ARTE»

Por iniciativa de un grupo de amigos del malogrado pintor, con cuya muerte nuestro país ha experimentado una de las pérdidas más sensibles dentro de su ambiente artístico, se realizó en la sede de «Amigos del Arte» una muestra de su obra que congregó en torno suyo a todos los que supieron apreciar sus extraordinarias condiciones y evidenció ante otros, más distraídos, el significado ejemplar de aquél pintor tan consciente, tan compenetrado con los más fundamentales problemas estéticos. La pintura

de nuestro país ha sido —en líneas generales— casi siempre más instintiva que culta, más independiente que inteligente. Lo sigue siendo, aunque menos ahora que en los años comprendidos entre 1915 y 1930. El arte de calidades que fué el de Rivello, por eso, constituye aún ahora un ejemplo poco común. Rivello fué de los pocos para quienes *sensibilidad* y *temperamento*, fueron considerados valores complementarios pero insuficientes en sí para justificar el que un pintor se considere como un verdadero artista. Su pintura fué experimental, viva, sensible, pero siempre dominada por un criterio severo, lleno de autoeríticas; por una exigencia artística superior. Rivello, tan rico era su



Mariha (bella en piedra)

Germán Cabrera

rem la muestra antedicha, y a las autoridades de «Amigos del Arte» que, con exposiciones de esta clase se pone a la altura de su verdadera misión. Dicho sea de paso, esta sociedad deberá hacer examen de conciencia frente a otras muestras que inexplicablemente ha dejado exhibir en sus salas.

Si una sociedad independiente, cuya única norma debe ser la de reconocer y dar a conocer lo que ya tiene entidad suficiente se pone a alentar valores dudosos y otros francamente destestables, pronto no quedará en Montevideo una sala que no esté contaminada. A reaccionar, pues, y a no hacer la afrenta a la memoria de un puro artista, que constituye exhibir, en los mismos muros que han albergado la obra de éste, lamentables pasatiempos cuando no cosas peores.

AMALIA NIETO, EN LA A. L. A. P. E.

El arte de ilustrar, fuente de reposo y goce para el artista, a la vez que incentivo de la plenitud expresiva por todo lo que auto-

temperamento, pudo haberse abandonado al deleite fugaz de lo espontáneo; su grandeza residó precisamente en no haber concedido a esta condición suya otro valor que el de un punto de partida, obligándose a una disciplina suprema que llevara la melodía inicial de sus concepciones hasta un difícil y mucho más rico contrapunto de valores. Las telas elegidas lo estuvieron muy bien, lamentándose que de aquella muestra fueran excluidas las manifestaciones más abstractas de su pintura. Hubiera sido muy necesario incluirlas, dada la general pobreza que, en materia de pintura pura, hay en nuestro arte.

Creemos que será necesario hacer en breve una más amplia revisión de la obra de Rive, lle y dar al público, en local también más amplio, una muestra que sea como una antología, cronológica y de tendencia, de su pintura dramática e inteligente que él salvó del riesgo de la facilidad. Sin que esta sugerión sea más que complementaria de lo que ya se ha hecho, es necesario aplaudir sin reservas la actitud de los amigos que organiza-



Dibujo

Cristy Gava



Lobisón (grabado en madera)

Carlos González

riza en materia de significación, tiene desde hace tiempo una cultora en Amalia Nieto. Muchas muestras de su labor de ilustradora en poemas, cuentos para niños, libros de poesía, estampas —aunque algunos de ellos han quedado inéditos por la consabida miseria de nuestro medio en lo editorial— han sido motivo de deleite y subida apreciación para quienes los han visto o los guardan en sus colecciones. Ahora ha realizado Amalia Nieto la exposición que esperábamos de ella: la de aquella parte de su personalidad que, paralelamente a su labor pictórica tan recatada y tensa, tan tendida a la incesante supervisión de sus propias etapas,

ha venido permitiéndole afinar y asegurar cada vez más su dibujo y su color y dárnos —regalo exquisito— todo lo que en ella es sentido poético creador, regocijo en la inocencia de la fábula del mundo, ternura grave —sin vano sentimentalismo— ante la vida secreta de los niños y de la naturaleza.

Habría que estar muy ciego para no advinar, aún no conociendo otra cosa de ella que esta teoría cantante de sueños infantiles —no hablamos siquiera del equilibrio y el propósito que informan las ilustraciones para el libro de poemas de Carlos Rodríguez Pintos, complemento tan digno de una obra diáfana y arquitecturada—, las disciplinas a



Pedro (óleo)

Horacio Torres

de llegar hasta la más fina flor mágica. Y ese proceso era el de una gran humildad, un gran recato expresivo, un anhelo tenaz y callado de *ser* antes de *hacer*. Y que a fuerza de cumplir con el orden de humildad que quería Rilke (*«Canta el ángel la alabanza del mundo, pues a él no habrías de imponerle con aquel esplendor de lo que tu sentiste; en el universo, que él siente con mayor sensibilidad, eres novicio; muéstrale pues la cosa simple que, habiendo tomado forma de generación en generación, se ha convertido en nuestra y vive al lado de la mano y en la mirada. Dile las cosas.»*), el ángel no habría de tardar en devolver los dones claros y sencillos en una nueva luminosidad pródiga. Y no ha tardado.

CARLOS F. SAEZ, EN LA GALERIA GONGORA

Montevideo viene asistiendo en los últimos años —¡será que el espectáculo atroz de un mundo suicida nos ha incitado a jerarquizar

las cuales se ha sometido Amalia Nieto durante su carrera pietórica, ya fecunda pese a la juventud de esta artista que no la ha interrumpido desde la adolescencia. Amalia Nieto ha trascendido ya muchas etapas sin permitir a ninguna de ellas sacrificar lo más entrañable de su personalidad. Es así que se da en su pintura el caso poco común de poder seguir en ella una evolución precisa sin que, por un solo momento, se extravie la línea de su visión colorística, la cual, mucho más afinada y madura en el presente, viene estableciendo su continuidad sin negación alguna desde los años primeros de su labor.

Llega, así, a la ilustración, con un hermoso atuendo de libertad conquistada palmo a palmo. A propósito de ella misma, yo le decía hace unos años a un amigo que, un poco fatigado del naturalismo excesivo de nuestra pintura me preguntaba: «¿Para cuándo, el ángel?» que no dudaba de que en Amalia Nieto se estaba elaborando un proceso capaz



Panchita (óleo) Maria Rosa de Ferrari



Palemina Mother

Millard Sheets

los valores, y, por ello, a salvar lo más afín con las grandes herencias culturales! — a una creciente depuración del medio artístico, siempre rico pero confuso, florido en su potencialidad pero con pocos frutos duraderos. Uno de los últimos hechos en este orden, bien significativo por cierto, es la inteligente actitud asumida por los propietarios de la Galería Góngora al confiar a Luis Eduardo Pombo su dirección y, con ella, la elaboración de un plan de exposiciones artísticas. Estas tendrán, en manos tan responsables y aptas, el doble, indispensable carácter de fructificación y lección sin el cual el ejemplo de arte es nulo.

He aquí la primera. Ya no podríamos precisar desde hace cuántos años nos devoraba el deseo de ver presentadas al público en lugar reverente y adecuado algunas —por lo menos— de las obras de Carlos F. Saez, el adolescente genial que nos robó la muerte en el principio de este siglo y que es, indiscutiblemente, con Pedro Figari, el precursor de nuestra pintura moderna. A ambos los

unió una estrecha amistad —y esto es olvidado frecuentemente porque, descuidando fechas, nos confunde la idea de la extremada juventud de Saez al lado de la figura plena de madurez del Figari que expone al público por vez primera en la segunda década del siglo — y tenemos motivo para creer que se comunicaron mucho de lo que era su llama común. Queríamos ver obras de Saez separadas de la proximidad de expresiones artísticas menos castigadas, como la que impone el ámbito de los museos. Aquí, en la Galería Góngora, Pombo le ha dado la atmósfera necesaria, sin omitir siquiera la más intrusiva y púdica escenografía: muebles de época, luz que acompaña maravillosamente la discreta elegancia del color y revela el trazo bravo, espontáneo y fugado, del dibujo seguro. ¡Un tanto deleite!

En algunas pocas de las numerosas obras que dejó Sacz se ha logrado reunir muy bien, con tanta certeza, lo más representativo del extraordinario pintor. Luis Eduardo Pombo lo ha revisado todo, lo ha pesado todo: están



Modern Tempo

Raphael Soyer

ahí las telas plenas de riqueza de forma, de elegante desprendimiento, de trazo novísimo, de color afinado hasta la más fina. Están los dibujos a lápiz y las acuarelas en los que la época vive en lo más característico de su presencia y en los que la anécdota está tan depurada como si fuera vista por un contemporáneo nuestro. Está la agudísima e inequívoca técnica de sus dibujos a la pluma para decírnos a qué grado de disciplina y libertad había llegado Saez en los ocho años —ocho años tan sólo!— de su carrera apasionada. ¿Qué más pedir?

Es indispensable que iniciativas de tanta jerarquía, en cada uno de los que, en una manera o en otra, se preocupan por las co-

sas del arte, alcancen entendimiento, aplauso y propósito de aliento.

LEANDRO CASTELLANOS BALPARDIA,
EN «AMIGOS DEL ARTE»

Este recogido, sutil artista, hace tiempo que no ofrecía al público una muestra amplia de sus obras. Esto se encuentra en perfecta consonancia con su temperamento de hombre solitario, de investigador tenaz e intimo. Por ello la exposición realizada en «Amigos del Arte» tiene un doble valor; la



Grapes in a Bowl

Yasuo Kuniyoshi

sado. Si se trata de sus xilogravías la iniciación es de una limpieza prodigiosa; nada es confuso ni se ampara en las traiciones posibles. Todo es rigor avivado por una sensibilidad muy aguda. Si se trata de acuarelas, nada desvirtúa la trasparente limpidez de la colocación directa y sobria del color. Si se trata de óleos, la materia se entremece hasta el esmalte o se hace sorda y severa como en esas prodigiosas figuras que parten de lo nativo para adquirir sobrenaturalidad angélica. Y siempre todo está en él presidido por una condición poética substantiva, viril y delicada. De un artista en quien la presencia del espíritu se halla tan patente, no es posible hablar en términos puramente técnicos: aquí la severidad crítica consiste justamente en no ser demasiado gramatical; consiste en dejarse llevar al tono de entusiasmo que tal obra despierta. Mutilar voluntariamente este, en un afán pedagógico, sería hacer muy mala pedagogía. Es por eso que es necesario, sí, destacar el grado de probidad física que acompaña cada una de sus creaciones, pero luego, dejarse llevar por el

de su excelente calidad y la de hacer accesible en conjunto una labor de años, expresada en distintas técnicas y tendencias y dotada de una bella unidad fundamental. Más conocido como grabador, Castellanos Balparda es también un pintor exquisito, de espiritual contenido, flexible adecuador de las más distintas formas que una inspiración vasta exige. Su expresión abarca desde el grabado riguroso e incisivo hasta el óleo de calidad tan particular, fina y rica, que hasta el sentido del tacto se encuentra gratificado por ella y contribuye a la plenitud de la impresión estética. Una admirable libertad —basada, como toda buena libertad, en una íntima disciplina y un sólido sentido jerárquico, permite a Castellanos Balparda entregarse— de una manera que asusta en cada una de sus creaciones. Y si tan rica variedad no puede nunca coincidir con el menor diletantismo, es por lo entrañablemente que él obedece a las leyes técnicas, casi diríramos artesanales, de cada uno de los medios empleados. Si se trata de sus monotipias, el dibujo es dinámico, decisivo, fuerte sostén del color limpio y pen-



Museum Guard

Mabel Dwight



My wife and Y

Robert Phillips

entusiasmo legítimo cuyas resonancias son las más íntimas, la más plena de elementos ineffables. Y luego callar, para dejar vivir en el que contempla, el perfume secreto de la creación pura.

VIII SALON NACIONAL, EN LA COMISIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

El VIII Salón Nacional alcanzó un nivel digno, que promete, si se continua en un plan cada vez más firme de eliminación, realizaciones futuras en las cuales no se encuentren ni las huellas de ciertas maneras —ya sea muy pocas— que todavía enturbian lo que debería ser lección austera y estímulo de los mejores por el rechazo de lo francamente malo y por una actitud sutil, muy crítica y meditada ante la concesión de pre-

mios de estímulo a lo mediocre. No creo que, a poco que se meditara, se dejaría de distinguir entre lo que no ha alcanzado aún una calidad plena por hallarse en desarrollo y lo que es incurablemente malo. Pero, desgraciadamente, todavía se estimulan cosas horribles. Esperemos sin desesperar.

Sin entrar a discutir el problema tan difícil de si lo que debe ser premiado oficialmente en un salón es la obra global, la vida entera de un pintor puro y sacrificado, o el mejor cuadro presente, pues cualquiera de ambos criterios es muy respetable y digno de meditación muy pausada, nos llena de satisfacción el que se haya discernido el Gran Premio a Joaquín Torres García, no sólo porque el primero de los criterios mencionados se cumple de manera plena al honrarse reconociendo a este maestro, sino por acallar —y si no lo consigue es porque hay tozudeces que llevan en sí su propia condenación— cierto rumor de pequeñas voces profumadas que



Mississipi Moon

Georges Shreiber

se ha levantado hace poco con motivo de las decoraciones confiadas a Joaquín Torres Garein y a sus discípulos en un hospital del estado. Nada hay que subleve más a quienes se hacen un deber de respetar el arte verdadero como el que los que nada saben de los problemas del arte se atrevan a ladear contra eosus que están muy por encima de su capacidad. Es así que nos alegra en verdad que se le haya discernido esta remuneración. Y, con todo, es pequeña para tal vida y tal obra. Arzedun alegría en las dos telas expuestas una alta finura de color en el paisaje y una gravedad elegantísima en el retrato de hombre que titula «El Lector». Con el retrato de mujer con un abanico que expusiera en «Amigos del Arte» hace algún tiempo, este es de los más bellos que ha producido. Medítese en la poca oportunidad que este adjetivo —bello— tiene de ser usado actualmente. Cíneo, más órfico, con más duende que nunca en las dos «Lunus» ex-

puestas, es una vez más el mitólogo de nuestro campo; su sentido de la noche encendida por las consejas, de las grandes soledades de un mundo sacudido por los cuatro elementos se aviene con el furor de su color y con su dibujo liberrimo. Castellanos, una vez más, juega con elegancia con sus temas, pretexto para derrochar su sabiduría y el evidente deleite con que pinta. Esto, en cuanto a las obras fuera de concurso.

Entre los jóvenes pintores premiados cabe aplaudir el tesón de María Rosa De Ferrari quien, ahora sí, está en condiciones de ser honrada con premios. Muchas veces temimos, en años anteriores, que los que le fueron concedidos en etapas poco evolucionadas de su arte tuvieran como resultado apagar en ella un deseo de superación del que da buena prueba su obra actual. Esta joven mujer, luchando contra aquellos elementos que en sí misma la perjudicaban —un naturalismo de-



My Bonnie

Margery Ryerson

masiendo fácil, una voluntad encomiable en lo moral pero muy peligrosa en lo artístico de transmitir mensajes para los cuales no estaban maduros sus medios expresivos— ha adherido cada vez más a lo que es de la pintura. Ya en un anterior Salón Municipal, nos sorprendió su progreso muy grande. Una de las grandes sorpresas de este Salón es el «Autoretrato» que firma Washington Barceló. Este pintor, bien dotado, a menudo nos desconcertaba porque no era posible discernir lo que quería hacerse con su arte. Y ahora produce una verdadera obra: ¡Cuánta grave intimidad, cuánta seriedad en el planteo de los planos del cuadro, en la disposición de las figuras! ¡Qué deliciosa audacia en los infimos toques naturalistas puestos allí únicamente como módulos de la armonía general! Gravedad y limpieza; ¡qué más se puede pedir! A él le toca ahora una gran responsabilidad. Una vez que se ha dado una obra así se está obligado a no dejarse seducir por nada ajeno a sí mismo. Otra sorpresa: la de la tela alegórica que Vieytes titula «Nocturna» y la del retrato que el mismo pintor presenta.

Nada podía hacer sospechar que Juan F. Vieytes pasara del desorden de sus telas anteriores al equilibrio y la sobriedad de estas dos telas. No porque en el joven e inquieto pintor no hubiéramos visto siempre buenas condiciones. Pero le faltaba una estética, una necesidad expresiva. Y son tan pocos los años en que ha evolucionado de tal manera, que esto suyo de ahora adquiere un valor experimental sorprendente. Además, obtiene una originalidad severa en un tema que ha sido glorificado por muchos pintores, sobre todo por los jóvenes argentinos. Pero es original precisamente porque las soluciones son sutiles y obtenidas a través de un esfuerzo ordenador y de muchas renuncias, a la vez que por una adhesión muy llena de entereza a los principios clásicos pero sin ningún arcaísmo. A Juan F. Vieytes le están abiertas las puertas de la verdadera pintura.

No podemos entender como no se le ha dado no ya una mención, sino un buen premio a esta obra: hemos tenido que mirar varias veces el catálogo para convencernos de esta flagrante injusticia. Las telas



Woman with plants

Grant Wood

marias todo han de lograrlo por sí mismos y, con el trabajo, borrar las huellas del trabajo. Los que obtienen pese a todo una expresión madura son doblemente encomiables. A estos pertenece otro, aquél cuya obra admiro por sobre la de todos los de su generación: Oscar Gareña Reino. En este Salón no está tan bien representado como otras veces, si bien es cierto que su única tela tiene las condiciones inconfundibles de su color profundizado, personalísimo: tal vez esta incursión en la pintura con tema simbólico no sea lo que más conviene a la deliciosa fruición poética de sus paisajes, a la incisiva calidad de sus retratos que hacen de él el más personal de nuestros jóvenes pintores. En todo caso, se trata de un intento expresivo dado con la mayor probidad y que si fuese lo único que de él hubiéramos visto, bastaría para darnos la certidumbre de que en él hay un pintor que ya no necesita guía. Pero nos alegrará volverlo a ver más ceñido a lo suyo. Dos jóvenes pintores se encuentran entre los que ya alcanzan madurez: Amalia Nieto —cuyo elogio aquí huele porque en otra nota que acompaña a ésta

de Francisco Sánchez Leñá, en cambio, no nos sorprenden. Ya esperábamos esta luminosa madurez que ahora florece en los dos países presentados. Tampoco el camino de Sánchez Leñá ha sido fácil, pero ya hace más de un año estábamos viendo a lo que llegaría este pintor que, como poesía, y también él, como Vieytes, renunciando a muchas facilidades, ha entendido el valor estético de la luz mitigada de nuestro paisaje. Su obra está en la categoría de las que, aún demostrando la presencia de la investigación y el trabajo pictórico, dan un pleno placer a los ojos. Y esto es más grave de lo que parece, porque hasta no es finalidad del arte la creación de un objeto de belleza? Mucho hay que agradecer, y mucho que respetar, a estos jóvenes pintores nuestros el esforzarse en alcanzar esa etapa generosa del arte; sin el necesario atuendo técnico que en otros países obtienen mediante la sistematización de la enseñanza plástica, todavía en pañales entre nosotros, hemos asistido al sacrificio de más de una generación de pintores que llegan a la madurez de sus vidas buscando expresión alejada sin nunca dar una obra plenamente bella pese a sus condiciones personales. Aquí, tras unas cuantas disciplinas bastante pri-



The General

George Grosz



Beethoven's Ninth Symphony

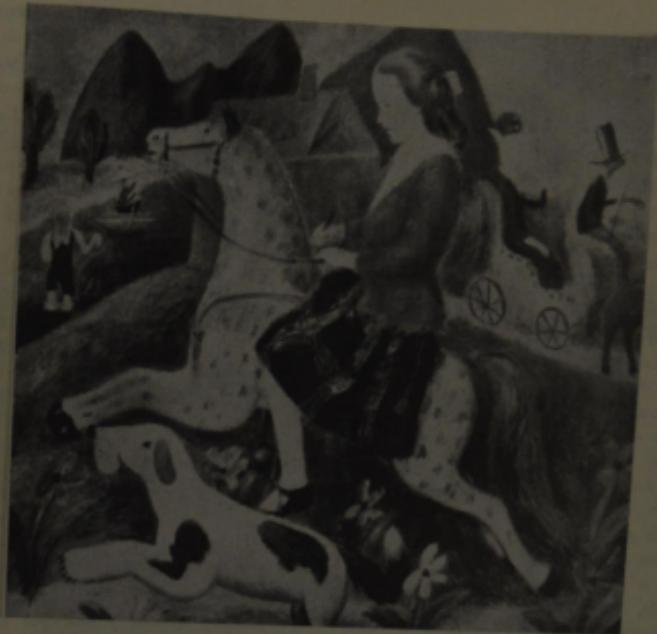
Adolf Dehn

se la contempla individualmente— y Brenda Lissardi Borelli que presenta dos marineras sorteando todos los peligros de este género tan fácilmente pintoresco con singular libertad. La gracia y el vigor se unen en su pintura que participa a la vez de la mejor seriedad y de una gran dulzura.

Entre los jóvenes pintores de valla que andan entre peligros está Eduardo Amézaga, Primer Premio. La facilidad intuitiva para crear un medio expresivo al cual adhiriére sin reservas, puede todavía hacer eser en lo convencional su pintura. Hasta ahora, lo que prefiero de su obra son sus primeras telas, porque en ellas no se daba tan de lleno a una manera. Desde luego, y esto hay que entenderlo, cuando le hago reparos es porque lo considero importante. De lo malo ni hablo. Así como en una etapa significativa de su evolución Amézaga había optado por una nebulosidad sombría, un poco carriéresca, que le llevaba poco a poco a prescindir del color —sin desmedro de los valores plásticos: es preciso ser justo— y le ponía en el peligro de convertir su pintura en algo que hubiera estado más justificado en el aguafuerte en algo que le arrebataba

fuerza a su contorno en provecho de una sárea fineza, ahora ha vuelto al color pero su color sigue deleitándose en una uniformidad excesiva. Una vez que lo ha formulado en una de sus telas, lo sigue repitiendo en todas. No debe engañarse el joven y talentoso artista: no es dando con una fórmula feliz y luego explotándola al infinito como se alcanza la riqueza plástica. La unidad es imprescindible, pero es ésta la unidad de espíritu, la unidad de actitud; no la unidad de solución. Piense en Figari; piense en Barradas; piense en Torres García, quien en su severidad y su gran unidad no es nunca monótono. El color, en manos de un artista verdadero, debe estar controlado. Eso no significa esperar que el hallazgo adecuado para una tela determinada deba ser luego convertido en una comodidad o, si no se trata de comodidad, en el placer de la repetición literal. Es preciso huir de la serie y de la colección que hace pensar a veces en esas secuencias de anuncios gráficos que una firma comercial encierra a un dibujante periodístico. El pintor —más aun cuando ha conquistado un estilo propio, y estilo no es monótono— debe estar virgen ante cada una





The Dream Ride

William Glackens

Hows», con Millard Sheets en el paisaje con caballos intitulado «Palemine Mothers», como Ward Lockwood en «Horses in winter». Quien haya leído a Stephen Vincent Benét, al Thornton Wilder de «Our Town», al Steinbeck de «The Pastures of Heaven» no podrá menos que evocar su contenido tono menor, su poesía de la humildad tan bien reflejada en estas telas. Quien se deje ganar por la serenidad sana, la poesía de las actitudes cotidianas del hombre que hay tanto en el cuadro como en el dibujo de Robert Phillips —que tiene muchos puntos de contacto con el gran español Manuel Colmeiro— no podrá menos que identificarlos con el tono de profunda neopatetica, de alegre nostalgia de la vida natural al margen del progreso mecánico, que es la dominante en la obra de Sherwood Anderson. En otros, como en William Gropper, llevado al extremo de fuerzas

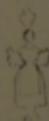
en su «Combat in the Collections» es un duro descontento y un gran amor por las formas heroicas de la fermentación social lo que se expresa por una técnica revisamente adecuada, tal como lo que en poesía da Carl Sandburg. Más ajenos a toda intención representativa, ya de atmósfera y paisaje, ya de expresión filosófica, los que están entregados a los problemas propiamente estéticos hacen recordar las diversas tendencias de los poetas modernos norteamericanos. Unos, como George Bingham, precursor del arte moderno que vivió a principios del siglo pasado, con la manera misteriosa, imbuida de orientalismo, de su «Missouri» recuerdan el sostenido deleite en las cosas íntimas de una Emily Dickinson. Otros, como Georgia O'Keeffe, enamorada de la forma tensa que yace en el fondo del color de un pétalo, de la repetida alegría de vida y

muerde que hay en todo lo creado —revelada como nunca en este «Skull» que aquí vemos— nos recuerda aquél intenso canto de las formas que es «The Garden» de Hilda Doolittle. El eco francés que hay en la pintura de William J. Glackens se empareja con las reminiscencias verlainianas de Amy Lowell. El «Modern Temps» de Raphael Soyer —admirable equilibrio de formas, sometimiento de las figuras humanas a un propósito inexorable de orden—, el «Morning interludes» de Robert Brueckman, espléndido de fuerza y fineza, la «Still life with desert plants» de Henry Lee McFee, tan severa, la «Inez» de Maurice Sterne, exquisitamente trazada, nos demuestran que estos artistas están animados por el propósito de eficiencia, de incorporación a un classicismo universal análogo al que mueve la poesía y el pensamiento de T. S. Eliot.

En la sección grabado, no menos extensa, volvemos a encontrar temas y tendencias parecidos a los de la pintura. Una pericia tremenda, una gran diversidad de técnicas igualmente eficaces dan asiento a la expresión más incisiva. El naturalismo severo de Russell Sherman en «Forest Folk» se encuentra cerca del equilibrio y la claridad de Hans Kleiber, del cual se exhibe «The Plum Hunters». El sentido del misterio es evidente en la excelente «Haunted Houses» de Peggy Bacon, la cual, en otra tendencia, se identifica con los mejores satíricos de la sociedad actual

en sus cuatro obras entre las cuales sobresale «The Social Graces». En todas las de esta dibujante lo que predomina es una extrema sensibilidad de trazo, nunca sometida a los elementos puramente discursivos. En esta misma tendencia de sátira, al lado de los geniales William Gropper y George Grosz, hay otra mujer, que como Peggy Bacon es dueña de medios pose comunes; Mabel Dwight. Otro gran satírico es Adolf Dehn. Grant Wood, lo mismo que en su pintura, es en su grabado preciso, minucioso y duro: obtiene un efecto de misterio muy particular en «Janmarys». Una de las cosas más bellas es «The swimming holes» de Charles Wilson, y una composición muy noble es establecida por Joe Jones en «Missouri Wheat Farmers». Yashuo Kuniyoshi, que ya en la sección pintura nos deleitara con «The morning after», aquí vuelve a hacerlo sobre todo con la naturaleza muerta «Grapes in a Bowl» que tiene equilibrios musicales y exactos. Tres obras perfectas retienen nuestros ojos largamente: «Sleep» de Alexander Brook; «My Bonnies» de Margery Ryerson y «Escaped Bulls» de John Corbin. Cada una de ellas distinta, personalísima, madura.

Una muestra como esta de Arte Americano bien dice del derecho que tiene la Alianza Cultural Uruguay-Estados Unidos a usar del lema que ha adoptado: «Vive bajo el signo del espíritu».





P O E M A S D E
D E L M I R A A G U S T I N I

VISION

¿Acaso fué un mareo de ilusión,
En el profundo espejo del deseo;
O fué divina y simplemente en vida
Que yo te vi velar mi sueño la otra noche?

En mi alcoba agrandada de soledad y miedo,
Taciturno a mi lado apareciste
Como un hongo gigante, muerto y vivo,
Brotado en los rincones de la noche,
Húmedos de silencio,
Y engrasados de sombra y soledad.

Te inclinabas a mí supremamente,
Como a la copa de cristal de un lago
Sobre el mantel de fuego del desierto;
Te inclinabas a mí, como un enfermo
De la vida a los opios infalibles
Y a las vendas de piedra de la Muerte;
Te inclinabas a mí como creyente
A la oblea del cielo de la hostia...
—Gota de nieve con sabor de estrellas
Que alimentan los lirios de la Carne,
Chispa de Dios que estrella los espíritus.—
Te inclinabas a mí como el gran sauce

De la Melancolía
A las hondas lagunas del silencio;
Te inclinabas a mí como la torre
De mármol del Orgullo,
Minada por un monstruo de tristeza,
A la hermana solemne de su sombra...
Te inclinabas a mí como si fuera
Mi cuerpo la inicial de tu destino
En la página obscura de mi lecho;
Te inclinabas a mí como al milagro
De una ventana abierta al más allá.

¡Y te inclinabas más que todo eso!

Y era mi mirada una eulebra
Apuntada entre zarzas de pestañas,
Al eisme reverente de tu cuerpo.
Y era mi deseo una eulebra
Glisando entre los ríos de la sombra
A la estatua de lirios de tu cuerpo!

Tú te inclinabas más y más... y tanto,
Y tanto te inclinaste,
Que mis flores eróticas son dobles,
Y mi estrella es más grande desde entonces,
Toda tu vida se imprimió en mi vida...

Yo esperaba suspensa el aletazo
Del abrazo magnífico; un abrazo
De cuatro brazos que la gloria viste
De fiebre y de milagro, será un vuelo!
Y pueden ser los hechizados brazos
Cuatro raíces de una raza nueva:

Y esperaba suspensa el aletazo
Del abrazo magnífico...
Y cuando,
Te abrí los ojos como un alma, y vi
Que te hacías atrás y te envolvías
En yo no sé qué pliegue immenso de la sombra!

(«El Rosario de Eros»).

PLEGARIA

—Eros: ¡acaso no sentiste nunca
Piedad de las estatuas?
Se dirian crisálidas de piedra
De yo no sé qué formidable raza
En una eterna espera inenarrable.
Los cráteres dormidos de sus bocas
Dan la ceniza negra del Silencio,
Mana de las columnas de sus hombros
La mortaja copiosa de la Calma,
Y fluye de sus órbitas la noche;
Victimas del Futuro o del Misterio,
En capullos terribles y magnificos
Esperan a la Vida y a la Muerte.
Eros: ¡acaso no sentiste nunca
Piedad de las estatuas!—

Piedad para las vidas
Que no doran a fuego tus bonanzas
Ni riegan o desgajan tus tormentas;
Piedad para los cuerpos revestidos
Del armiño solemne de la Calma,
Y las frentes en luz que sobrellevan
Grandes lirios marmóreos de pureza,
Pesados y glaciales como témpanos;
Piedad para las manos enguantadas
De hielo que no arrancan
Los frutos deleitosos de la Carne
Ni las flores fantásticas del alma;
Piedad para los ojos que aletean
Espirituales párpados:
Escamas de misterio,
Negros telones de visiones rosas...
¡Numea ven nada por mirar tan lejos!
Piedad para las pulcras cabelleras
—Misticas aureolas—
Peinadas como lagos
Que nunca aerea el abanico negro,
Negro y enorme de la tempestad;
Piedad para los inclitos espíritus
Tallados en diamante,
Altos, claros, extáticos
Pararrayos de cúpulas morales;
Piedad para los labios como engareces
Celestes donde fulge
Invisible la perla de la Hostia;
—Labios que numea fueron,
Que no apresaron numea

Un vampiro de fuego
Con más sed y más hambre que un abismo—
Piedad para los sexos sacrosantos
Que acoraza de una
Hoja de vifia astral la Castidad;
Piedad para las plantas imantadas
De eternidad que arrastran
Por el eterno azur
Las sandalias quemantes de sus llagas;
Piedad, piedad, piedad
Para todas las vidas que defiende
De tus maravillosas intemperies
El mirador enhiesto del Orgullo:

Apúntales tus soles o tus rayos!

Eros: ¡acaso no sentiste nuncas
Piedad de las estatuas? . . .

OTRA ESTIRPE

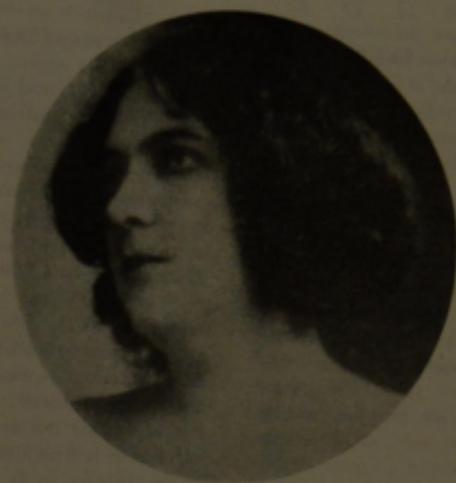
Eros, yo quiero guiarte, Padre ciego...
Pido a tus manos todopoderosas,
Su cuerpo exelso derramado en fuego
Sobre mi cuerpo desmayado en rosas!

La eléctrica corola que hoy despliego
Brinda el nectario de un jardín de Esposas;
Para sus buitres de mi carne entrego
Todo un enjambre de palomas rosas!

Da a las dos sierpes de su abrazo, crueles,
Mi gran tallo febril... Absintio, níctoles,
Viérteme de sus venas, de su boca...

;Así tendida soy un surco ardiente
Donde puede nutrirse la simiente
De otra estirpe, sublimemente loca!

(«El Rosario de Eros»).



E V O C A C I O N D E D E L M I R A

Como Baudelaire, también Delmira pudo alguna noche enfrentarse a la Belleza, con esta pregunta en los labios quemantes: «¿Vienes del cielo profundo, o surges del abismo?» Porque eso fué la Belleza también para Delmira: algo celeste y trágico al mismo tiempo; un rutilar de ahismos estelares. Lo fué en todas sus infinitas máscaras y, sobre todo, en la más implacable de las máscaras de la Belleza: la del Amor. Y por esa rutilancia, el Amor fué para ella una sed ultraterrena, un ensueño voraz, que no se saciaba con la realidad, una lejanía inasible y dolorosa. Quiso entregarse a esa lejanía, a ese ensueño, a esa sed, pidiéndoles que le borrasen el mundo: Me abismo en una rara eugenia luminosa, Un astro, casi un alma, me ha velado la Vida. ¿Se ha prendido en mí como brillante maris-
[posa]
o en su disco de luz he quedado prendida?
No sé... Rara eugenia que me borras el mun-
[do].
Estrella, casi alma, con que asiendo o me
[hundo:
¡dame tu luz y velame eternamente el mun-
do!»

Pero la estrella, al velarle el mundo, «se elevó en sus entrañas como un diente feroz». Es que Delmira estaba demasiado plena de vida y juventud y la vida y la juventud la llamaban a «la gloria de oro de la luz viva y cierta» que exaltó en uno de sus más estupendos poemas, «Mis Idolos».

Surgida a la vida literaria en una época en que reinaba la influencia del modernismo — muy especialmente a través de Darío — sus primeros versos, de infancia y adolescencia, revelaron tal sugerión. Pero no demoró Delmira en hallar su propio camino, en ese lirismo de grandes rochas cálidas e inexorables de belleza imprevista y esencial, que posee un acento propio, único, ardiente, inmarcesible. Poemas en los que la profundidad aparece siempre magnificada por una luminosísima imaginación y un gran instinto musical.

Quienes al fraternizar con los poemas de Delmira se asombran de hallar tal intensidad y ardor, pensando en el ambiente gris y burgués en que ella vivió sus días, olvidan que la magia del arte — y más especialmente, la magia de la poesía — es, pre-

cisamente, la de recoger únicamente en su misterio y en su grandeza aquellos aspectos esenciales del ser elegido, al que despojan de todo accesorio vano, mediocre, efímero. Es a manera de una iluminación, que sólo destaca los valores fundamentales y duraderos, dejando en la sombra el resto, para siempre.

Espíritu complejo y santo, Delmira permanecía intacta sobre la vulgaridad, logrando espiritualizar la realidad cotidiana, en una transfiguración que dirigía su sueño:

Por un bello milagro de la luz y del fuego,
mi cuarto es una gruta de oro y gemas raras;
tiene un musgo tan suave, tan hondo de ta-

[pieces,
y es tan vívida y cálida, tan dulce que me
creo dentro de un corazón,

Iniciadora de la poesía auténtica e integralmente femenina en nuestra lengua, Delmira se hermanó, en cierta manera, a la estadounidense Emily Dickinson, que fué también una criatura extraordinaria, de pasión y de imaginación y que también supo recoger los diálogos del corazón femenino con la belleza, con el misterio, con el amor, con la soledad. Pero son notables también las diferencias entre ambas artistas. Emily carecía de la impetuositud, del fuego patético de Delmira, a quien superaba en finura y en sentido eso-

térico. Lo que la estadounidense reflejó más notablemente en su lírico, fué el drama de la soledad de la mujer. Y su extraordinaria obra es bien la verdad de aquella romántica delicadísima, que gustaba andar siempre vestida de blanco y que — apasionada por la música — prefería escucharla desde el corredor en sombras, apartada de la sala de visitas, en aquella su vieja casa de Amberst, que nos place unir a la imagen del ambiente familiar en que vivió Delmira:

The soul selects her own society,
then shuts the door...

Otro motivo de solidaridad: Emily y Delmira no fueron ampliamente valoradas, sino después de su muerte. Ambas poetas americanas son hoy dos de las expresiones más augustas de la lirica universal. En las estrofas de Delmira rutila anchamente toda la vibración humana y cósmica de una personalidad candilosamente lirica, toda la emotividad estremecida de un corazón que padecía frente al frío de las estatuas y que se condensaba, en versos de belleza esencial y cálida, en los que una imagen, a veces una sola, resume todo un mundo de sensibilidad, de pensamiento, de música, de humana verdad, de sortilegio estético. Fué una agonista, pues su viaje por la tierra significó una lucha tenaz: contra la vida, contra la muerte.

G A S T O N

F I G U E I R A



DELMIRA AGUSTINI ENCARNACIÓN DE UN MITO INMORTAL

(Fragmento de un estudio)

«EL LIBRO BLANCO»

Cuando Delmira publica a los veinte años su «Libro Blanco», se vuelcan hacia ella los más claros ingenios de este país. Es cuando Vaz Ferreira la califica de milagrosa y dice que le asombra, no qué escriba todo aquello, sino que entienda lo que ha llegado a escribir.

Manuel Medina Bentancort —nombre en aquella época—, le prologa el libro. Delmira pasa por las calles de Montevideo con su pelo rubio y su erguida figura. Va con sus padres. Sale de su casita de la calle San José —de donde saldrá muerta seis años más tarde— y sigue por la Avenida 18 de Julio hasta la Plaza Libertad y allí se sientan en un banco los tres y miran ese desfile de la tarde, tan registrado en las fotografías de «Rojo y Blanco».

Delmira ya tenía su nombre. Desde «Las Alboradas» —1896 a 1900—; y —1901 a 1904—, habíase hecho conocer del público. Sobre todo del público mundano, con sus siluetas de gente de figuración social. Firmábäse «Joujou». Y el pseudónimo obtuvo amplia boga, porque se supo, por anuncio de la propia revista, que con él escudaba su nombre la ya conocida poetisa Delmira Agustini.

«ELOGIO» DE RUBÉN

A «El Libro Blanco», de 1907, sucede «Cantos de la Mañana». «Otros Cantos de la Mañana», en 1910. «Los cálices vacíos», publicados un año antes de su muerte, en 1913, ya llevan retumbando el nombre de Delmira por toda América. Ya se había asomado a su panorama de inmenso poeta Rubén Darío. En Julio de 1912 el poeta nicaragüense, le firma aquél «Elogios»: «De todas cuantas mujeres hoy escriben en verso, ninguno ha impresionado tanto mi ánimo como Delmira Agustini, por su alma sin velos y su corazón de flor. A veces rosa por lo sonrosado, a veces lirio por lo blanco y es la primera vez que en lengua castellana apare-

ce un alma femenina en el orgullo de la verdad de su inocencia y de su amor, a no ser Santa Teresa en su exaltación divina.

Si esta bella niña continúa en la lírica revelación de su espíritu como hasta ahora, va a asombrar a nuestro mundo de lengua española. Sinceridad, encanto y fantasía, he allí las cualidades de esta deliciosa musa. Cambiando la frase de Shakespeare podría decirse «that's a woman», pues por ser muy mujer, dice cosas exquisitas que nunca se han dicho. Sean con ella la gloria, el amor y la felicidad».

La gloria y el amor fueron con ella. Pero la felicidad no la acompañó sino en dos ocasiones. Esta vez, cuando vió a Rubén Darío en su casa y otra cuando:

El ancla de oro canta... la vela azul asciende como el ala de un sueño abierto al nuevo día. Partamos, musa mía!

Ante la prora alegre un bello mar se extiende.

Así inauguraba su primer libro. Se echaba a navegar. Desde la cofa de su poderío espiritual, vió el mar immenseo, redonda moneda de agua, que la llamaba al viaje y al peligro. Y al peligro y al viaje se lanzó decidada. Con un heroísmo que sólo al través de sus versos puede aquilatarse en parte.

Porque de entrada, en su mismo primer libro, ya se encara con la Muerte, y le habla:

Emperatriz sombría,
si un día,
herido de un capricho misterioso y ariego,
yo llegaría a tu torre sombría
con mi leve y espléndido bagaje de rey mago
a volcar en tu copa de mármol mis martirios,
sellaría más tu puerta y apagarás tus cirios...

Ya presente. Ya el poderoso motor que es su intuición inigualada, comienza a sentir la levedad de la materia a que está unido. Ve que va a tener una violenta y corta trayectoria. Que morirá como las balas, a poco de haber partido. Con ardiente muerte decretada. Y así fué...

Y presintió todo. Presintió que iba a perdurar inmortalmente. Diciéndolo de este modo:

En mi raro tesoro,
hay, entre los diamantes y los topacios de oro,
y el gran rubí sangriento como enemada
herida.
el capullo azulado y ardiente de una estrella
que ha de abrir a los ojos suspensos de la
Vida.

con una lumbre nueva, inmarcesible y bella!

Tal como está. A través del gran rubí sangriento de la enemada herida, el celeste encullo de su alma, para siempre, lumbre nueva, inmarcesible, ante los ojos suspensos de la vida...

Ningún poeta ha trazado de antemano con más precisión su propio itinerario.

ALFREDO MARIO FERREIRO



ELEGIA DE LA ROSA EN LLAMAS

A Delmira Agustini, muerta hace treinta años.

Rosa de sangre transparente, uncida
a la corona de una noche amarga,
Rosa de sangre cuya sombra alarga
un rojo y triste resplandor de vida.

¡Quién encendió la desmandada herida
de lenguas de coral que fué tu carga;
qué diosa en celo de lanzón y adarga —
paloma en vuelo y sangre amanecida?

Vierte su lenta lágrima el destino
y la llama de amor que en vano clama
suba en tu amor al cielo cristalino.

Rosa de sangre transparente, llama;
llama de amor que en verso diamantino
su rosa quema en su encendida rama.

C O R D O V A

I T U R B U R U



Retrato

Norberto Berdia



A. Pestor

A D E L M I R A A G U S T I N I

(Poema leído en el Homenaje tributado a la poeta en la Universidad de Montevideo el 6 de Julio de 1911 al cumplirse el 30.^a aniversario de su muerte).

Busco un fondo de cielo para verte,
una fecha de plazas y jardines.
Y siento como sube por la tarde
la arquitectura fiel de tu memoria.

En tu lección de álamos y fuentes
va amaneciendo tu perfil de niebla.
Estás jugando a ríos. A la ola
baja la nube su semblante oscuro.

En la confianza de tu agua estamos.
Ternura de este amor por donde llegas.

Para esperarte, el corazón asciende
por prados de garganta,
tendiéndole sus juncos la ribera.

Aquí estás con la alondra
de tu sangre,
volando de la herida de tu pecho.

Ibas, desde tu nieve
creando tu fuego,
asistida de pena,
inundada de luz,
sin límite de amor
o borrada en el sueño,
única,

diversa.

Viene el fuego:
te recuerda.

Y tu «rosa de labios»
vuelve a sentir el aire.
Tu desnudez,

levanta la inocencia
de su hermosura herida.

En el canto amaneceen
los ojos grandes, claros de tu noche
y aquella soledad
sombria de azucena.

En tu boca
su huella,
torna a encontrar la llama.

En el rocío de tus hojas
se reconoce el llanto.

Llegas en tu sentido,
en tu mirada, exactos.

Fiesta de brasa y sombra,
Ya está amor esperándote.

Y tu carne commueve
su raíz.
En lo hondo,
en el regazo
de la tierra,
venas de ruisellos
aún retienen tu canto.



James Joyce

por Augustus John

U L I S E S

La aparición de la total versión castellana de ULISES, la famosa obra del escritor irlandés James Joyce, es un acontecimiento de singular importancia en el mundo de las letras. La ardua empresa realizada por la Editorial Santiago Rueda, bajo la dirección del novelista Max Dickmann, ha insumido cuatro años de labor. Su traductor, don José Salas Subirat, se revela no sólo un profundo conocedor del estilo y secretos del lenguaje de Joyce, sino un virtuoso del difícil arte de traducir. ALFAR ofrece con este ensayo de Valéry Larbaud, el más claro y penetrante estudio sobre la que sin exageración ha sido llamada la más genial novela de este siglo, estudio que facilitará en mucho su comprensión.

El lector que, sin tener la *Odisea* bien presente en el espíritu, aborda este libro, se encuentra bastante desorientado. Supongamos naturalmente que se trata de un lector culto, capaz de leer sin perder nada autores como Rabelais, Montaigne y Descartes; pues un

lector no culto, o culto a medias, abandonará el ULISES a las tres páginas. Digo que se sentirá desconcertado desde el principio; y en efecto, ese en medio de una conversación que le parece incoherente, entre personajes que no distingue, en un lugar que no es nombrado,

do ni escrito, y por esa conversación debe ir enterándose poco a poco de en donde se encuentra y quiénes son los interlocutores. Y después, se encuentra con un libro que tiene por título *ULISES* y ninguno de los personajes lleva este nombre y aún el nombre de Ulises, aparece sólo cuatro veces. Por fin, comienza a ver un poco claro. Incidentalmente, sabe que se encuentra en Dublín. Reconoce al héroe del libro *Retrato del Artista*, Stephen Dedalus que ha regresado de París y vive entre los intelectuales de la capital irlandesa. Va a seguirlo durante tres capítulos, lo verá obrar y lo escuchará pensar. Es por la mañana y desde las ocho hasta las once que el lector sigue a Stephen Dedalus; luego, en el cuarto capítulo entra en conocimiento con un cierto Leopoldo Bloom, al que va a seguir paso a paso durante todo el día y parte de la noche, es decir durante los quince capítulos que con los tres primeros constituyen el libro entero, alrededor de mil páginas. Y así, este enorme libro relata una sola jornada, o más exactamente, comienza a las ocho de la mañana y termina por la noche, hacia las tres.

Per tanto el lector va a seguir a Bloom a través de una larga jornada; pues aunque en una primera lectura se le escapan muchas cosas, habrán de impresionarlo bastante otras, para que su curiosidad y su interés se mantengan constantemente despiertos. Se da cuenta que, con la entrada en escena de Bloom, la acción retrocede hasta las ocho de la mañana y que los tres primeros capítulos de la marcha de Bloom a través de su jornada coinciden, en el tiempo, con los tres primeros capítulos del Ebro, aquellos en cuyo curso el lector fué siguiendo a Stephen Dedalus. De tal manera, que una nube que Stephen ha visto desde lo alto de la torre a las nueve menos cuarto, por ejemplo, es vista, sesenta u ochenta páginas más adelante, pero en el mismo minuto, por Leopoldo Bloom que atraviesa una calle.

He dicho que se sigue a Bloom paso a paso; en efecto, se le toma desde que se levanta y se le acompaña desde su habitación en donde acaba de dejar a su mujer Molly todavía dormitando, hasta la cocina, después a la antecámara, luego al cuarto de baño en donde lee un viejo diario y hace proyecciones literarias mientras alivia el vientre; después a la tienda en donde compra riñones para

el desayuno, y al regresar se excita mirando las caderas de una sirvienta. Ahora está de nuevo en la cocina, en donde coloca los riñones en una sartén y la sartén sobre el fuego; luego sube a llevar el desayuno a su mujer; se entretiene hablando; un olor de carne quemada; desciende precipitadamente a la cocina, y así sucesivamente. Nuevamente en la calle, en el baño, en un entierro, en la sala de redacción de un periódico, en el restaurante donde almuerza, en la biblioteca pública, en el bar de un hotel en donde da un concierto, en la playa, en una maternidad donde pide noticias de una amiga y se encuentra con unos camaradas, en el barrio de la prostitución y en un burdel donde permanece muchísimo tiempo, perdiendo la poca dignidad que podía quedarle, y sumiéndose en un triste delirio provocado por el alcohol y la fatiga y finalmente partiendo acompañado por Stephen Dedalus, al que ha encontrado allí y con el que va a pasar las dos últimas horas de su jornada, es decir los capítulos diecisiete y dieciocho del libro, pues el último lo llena el largo monólogo interior de su mujer a la que ha despertado al acostarse a su lado.

Todo esto, como ya he dicho, no nos es relatado, y el libro no es más que la historia detallada de la jornada de Stephen y de Bloom en Dublín. Contiene una gran cantidad de otras cosas: personajes, incidentes, descripciones, conversaciones, visiones. Pero para nosotros, lectores, Bloom y Stephen son como los vehículos en los cuales pasamos a través del libro. Instalados en la intimidad de su pensamiento, y algunas veces en el pensamiento de los otros personajes, vemos a través de sus ojos y oímos a través de sus oídos lo que pasa y lo que se dice alrededor de ellos. Y así, en este libro todos los elementos se funden constantemente los unos en los otros, y la ilusión de la vida, de la cosa en tránsito de estar produciéndola, es completa y todo está en movimiento.

Pero el lector culto que yo he supuesto, no se dejará arrastrar continuamente por ese movimiento. Al tener el hábito de leer y una larga experiencia de los libros querrá ver como y de qué está hecho lo que lee. Analizará el libro mientras sigue leyendo. Y he aquí lo que será, sin duda, después de una primera lectura, el resultado de este análisis. Dirá: en resumen, es una vez más el mundo de *Gentes de Dublín*, y las dieciocho partes del U.I.

facionan de cerca o de lejos con Ulises. De esto a volver a crear una *Odisea* a su nivel, una *Odisea* moderna, no había más que un paso.

Y de aquí el plan del poema. En la *Odisea*, Ulises no aparece hasta el canto V. En los cuatro primeros, se trata de él, pero el personaje que está en escena es Telémaco; es la parte de la *Odisea*, que se llama la Telemáquia; describe la situación casi desesperada en que los pretendientes ponen al hereñero del rey de Itaca, y la partida de Telémaco para Lacedemónia, donde espera tener noticias de su padre. Por lo tanto, en ULISES, los tres primeros episodios corresponden a la Telemáquia: Stephen Dedalus, el hijo espiritual de Ulises y su heredero, está constantemente en escena.

Del canto V al canto XIII se desenvuelven las aventuras de Ulises. Joyce dispone doce principales y a cada una de ellas corresponde los doce espíritus o episodios centrales de su libro. Los últimos cantos de la *Odisea* refieren la vuelta de Ulises a Itaca y todas las peripecias que tienen su desarrollo en la matanza de los pretendientes y su reconocimiento por Penélope. A esta parte de la *Odisea*, que se llama el Regreso, corresponden en el ULISES a los tres últimos episodios que hacen pareja con los tres episodios de la Telemáquia.

Tales son las grandes líneas del plan que se puede representar gráficamente de la manera siguiente: arriba, tres cuadros: la Telemáquia; debajo, los doce episodios; y debajo de éstos, los tres episodios del Regreso. En total, dieciocho cuadros las dieciocho narraciones.

Partiendo de esto y sin perder de vista la *Odisea*, Joyce traza un plan particular para cada uno de sus dieciocho cuadros o episodios.

Así cada episodio tratará de una ciencia o de un arte particular, contendrá un síntoma particular, representará un órgano dado del cuerpo humano, tendrá su color determinado (como en la liturgia católica), tendrá su propia técnica y como episodio corresponderá a una de las horas de la jornada.

Esto no es todo, y en cada uno de los cuadros así divididos, el autor insertará nuevos símbolos más particulares.

Para ser más claros, tomemos un ejemplo: el episodio VII de las aventuras. Su título es Eolo: el lugar donde pasa es la sala de redacción de un diario; la hora en que tiene lugar, mediodía; el órgano al que corresponde: el pulmón; el arte que trata: la retórica; su color: el rojo; su figura simbólica: el jefe de redacción; su técnica: entímema; sus dos relaciones: un personaje que corresponde al Eolo de Homero; el incesto comparado al periodismo; la isla flotante de Eolo; la prensa; el personaje llamado Dignam muerto súbitamente tres días antes y a cuyo entierro ha ido Leopold Bloom (que constituye el episodio del descenso al Hades); Elpenor.

Naturalmente, este plan tan detallado, esos dieciocho grandes cuadros, cuadruplicados, esa apretada trama, la ha trazado Joyce para él y no para el lector; ningún título ni subtítulo nos la revela. Corresponde a nosotros, si queremos darnos ese trabajo, el descubrirlo.

Sobre esta trama, o mejor dicho, en los cañilleros así preparados, Joyce ha distribuido poco a poco su texto. Un verdadero trabajo de mosaista. He visto sus borradores. Están enteramente compuesto de frases en abreviatura, cruzadas por trazos de lápices de diversos colores. Son anotaciones destinadas a recordarle frases enteras, y los trazos de lápiz indican, según su color, que la frase rayada ha sido coloreada en tal o cual episodio. Esto hace pensar en las cajas de cubitos coloreados de los mosaistas.

Este plan, que no se distingue en el libro, que es su trama, constituye uno de los aspectos más curiosos y más absorbentes, pues si se lee atentamente el ULISES no puede evitarse el irlo descubriendo poco a poco. Pero cuando se piensa en su rigidez y en la disciplina a la que el autor se ha sometido, uno se pregunta cómo ha podido salir de este formidable trabajo de acumulación, una obra tan viva, tan emocionante y tan humana.

(Traducción de J. M. Gutiérrez).



C I N E

EN TORNO A LA MAGIA DE LOS DIBUJOS

Nuevamente Disney nos ha enviado una película casi sin asalto, un poco a la manera general de «Saludos», un poco a la manera que priva en los mejores momentos de «Dumbo». Anárquica, desorbitada, como compuesta de retazos zureados merced al arbitrario pretexto de los regalos que Donald recibe, «Los tres caballeros» trae consigo lo que con fantasía más rica, lo que con más desbordada y burlesca poesía haya fraguado ese endiablado préstamo de la cinematografía que es Walt Disney.

De nada vale argumentar contra esta película en nombre del orden y de la medida; de nada vale reclamarle una trabaición orgánica, una secuencia regulista, una apretada iteración: ella nos arrastra en el juego ilusorio de sus imágenes, en las desenfrenadas piruetas de sus muñecos y, sobre todo, en la deslumbrante danza de sus caprichosas figuras, a un país de calidescopio, de trompo de colores, de fuego de artificio, de enloquecida juguetería. Y, justamente allí, donde la película es más sensata y disciplinada, donde se cifre más a una pauta, un tema y un sistema narrativo, es donde aparece menos jugosa, menos jocunda, menos pródiga, generosa y exuberante.

La historia del pingüino friolero y la del anillito volador, no se apartan gran cosa de un estilo que Disney ha hecho más o menos famoso. Perfectamente coherentes ambas, per-

fectamente estructuradas y secuentes, cada una constituye un «cartoon» (harto más feliz el primero que el segundo) que comienza, discurre y termina según los medios habituales y, hasta, según los habituales recursos de donaire y de ingenio. Cada uno pudiera ser una entidad sustantiva, una película corta que viviese por sí misma repitiendo un poco lo que en centenares de otras películas cortas hemos visto. Algunas ideas y algunos procedimientos son, ciertamente, de la más fina calidad: el pingüinito que sueña con un paraíso tropical; el viaje en la balsa de hielo, lleno de reminiscencia de ciertas ineludibles «sinfonías tortas»; la deliciosa geografía, hecha como de caramelo y de pastaflora, por donde navega el errabundo Paul. Todo eso es muy bello, y la desdichada narración castellana — tan desdichada como innecesaria — que lo acompaña, y tenemos inevitablemente que soportar, no aleja ni a empafiar la limpida y desenvelta gracia de sus hechuras.

Pero es fuera de esa acordada y jovial instaurada donde hay que buscar lo mejor y lo más nuevo; es al margen de su metódica narración donde se encuentra la humorada más ágil y el más gozoso lirismo. Es en esa cartografía de confitura; es en ese bosque de calcomanía por donde vuelan absurdas aves de barbas azules; es en ese desconcer-

tiestas pantomimas del «Pobre Pierrot» y la «Pesadilla de un fantoche», ha hecho mil cosas diversas, desconcertantes, desiguales; timidas unas, atrevidas otras, siempre poderosamente seductoras cuando salieron de manos de artistas verdaderos.

Por virtud de su infatigable magia recuperamos los perdidos países del ensueño infantil: el país de las muñecas, el reino de las hadas, el mundo de los trastegos y de los gnomos. Por virtud de esa magia pudimos ver a las sirenas cubiertas de pedrerías danzar en la luz misteriosa de las aguas profundas; a los truenulentos piratas de gestos paticulares y enclaveras pintadas en los sombreros; al viejo Neptuno con su gran barriga de pachá gordo y su empaque solemne de rey de baraja; a los enanos metalurgistas; al árbol que canta; a las cornetas agoreras que hablan. Esa magia había aprendido a hacer revivir a todos los deliciosos fantasmas —ahora un poco burlescos, seso un poco irónicos— aderezándolos con nuevas galas y vistiéndolos con frescos y dulcísimos colores. Y por su virtud descubrimos cómo, entre bre-

mas y veras, juguetando despreocupadamente, podían hacerse cosas de una exquisita calidad.

No podemos siquiera sospechar hasta dónde irá este arte inimitable. La ruta que va cumpliendo parece llevarlo hacia una desenvoltura y una prodigalidad de procederes cada vez mayor, hacia una mayor y más depurada preocupación plástica, hacia un predominio creciente de la jubilosa imaginación. Y esta ruta no es sino una de las mil rutas posibles que se abren ante él: mejor tal vez que ninguna otra de las formas cinematográficas, se halle ésta situada en el clavillo de un inmenso abanico de caminos.

No echemos en cara a esta última película su jovial anarquía, su desenfadado desorden, su exorbitante desenfreno imaginífero: dentro de todo eso están sus aciertos más felices y seguros. Y merece a todo eso nos permite creer con redoblada fe en los tescros que el dibujo animado esconde, aún en potencia, y nos permite predecir el futuro magnífico que le aguarda.



UNA LAMENTABLE REAPARICIÓN: E L “ D O B L A J E ”

Allí en los días de su lejana prehistoria, hace de eso exactamente medio siglo, el cine comenzó a mover ante los ojos desconcertados de los hombres sus imponentes imágenes. Luis Lumière y Tomás Edison encontraron, casi al mismo tiempo, el portentoso secreto escondido en el fondo de la vieja lámpara mágica. Y un ingravidó mundo de figuras hechas de impalpable polvo luminoso comenzó a andar al ritmo convulsivo y al

ruidoso tableteo de las primitivas máquinas de proyectar.

El cine se complació, con infantil complacencia en aquello que entonces parecía ser su esencia misma, al tiempo que era la asombrosa novedad que desdumbró a los espectadores: el movimiento. El movimiento por sí propio, por la única y sorprendente calidad de tal: eso parecía ser en aquellos días la meta del cine, y eso fué el casi único pro-

probable que se utilicen — y se paguen — grandes actores para este oscuro menester del «doblaje», su modo de decir el drama será por completo extraño al modo de sentir de quien lo misma. De nada serviría la similitud que las veces puedan tener en cuanto a materia sonora (ya vimos, además, que en todo un reparto apenas una o dos tienen alguna, y no muy grande), pues que no es la sola materia sonora lo que da a una voz su importancia y su significación artísticas. De nada serviría empeñarse en tales semejanzas; querer sustituir una voz con otra semejante, equivale a querer sustituir a un actor por otro cualquiera porque son semejantes sus fisionomías.

Hubiésemos admitido en el teatro el «doblaje» de Max Pallenberg, o de Ben Ami, o de Jouvet por un personaje de voz parecida que nos dijese, de entre bastidores y frente a un micrófono, una traducción española de «Hamlet», de «El cadáver viviente» o de «La Amanecida». El ejemplo puede parecer forzado; en esencia es exactamente la misma cosa.

Una vez si decir al director ruso Kuleshov estas palabras: «Habíamos creado un lenguaje para el cine mudo; ahora tenemos que empezar de nuevo». Era verdad. El cine sonoro, al dar entrada en su silencioso universo al sonido y la voz, vió trastornarse muchas conquistas que parecían definitivamente consolidadas. Era menester, pues, empezar de nuevo, abandonando buena parte de aquel lenguaje que, lenta y penosamente, habían creado los pioneros temerosos. Había que hacer otro lenguaje, y en esta tarea había que gastar muchos años y muchos esfuerzos.

El cine sonoro se perdió por los más errados caminos; sucesivamente pgó tributo a la comedia teatral, a la revista, a la opereta, a la ópera, hasta; pero poco a poco, igual que lo hizo el cine mudo, el cual también pagó pesado tributo a la pantomima, a la mímica, al más equivocado teatro de arte, al más truculento folletín popular, se defendió de tanta escoria y encontró sus más sustantivas verdades. Ahora, con este ensayo el cine desbarata casi todo aquello que el talento, la sensibilidad, la maestría de sus actores pudo hacer; con esta subversión des-

venturada destruye otro importante elemento estético y refirma ese carácter industrial que suelen tener sus producciones.

Traducida a otras artes, esta fragmentación del actor — artista unívoco de la voz y del gesto — significaría lo que en pintura o escultura pudiera significar una fragmentación del pintor o el escultor y una división, entre varias personas, de su labor espiritual y manual. Se concibe perfectamente la división del trabajo en los procesos industriales, mas hasta en la mera artesanía ella anula el amor a oficio, la alegría de una ordenada labor, la satisfacción que procura la obra acabada. Tratándose de un arte, individual y personalísimo, tan dependiente del recóndito «pathos» cuanto de la sabia experiencia, tal cosa no puede sino romper irreparablemente la unidad, perturbar gravemente la exactitud y aniquilar totalmente el fondo estremecimiento apasionado que el actor es capaz de infundir en la obra de arte que él realiza.

Pero esto que ahora ocurre, y tanto debe deplorarse, no es más que uno de los muchos tropiezos previstos. La industria americana del cine ve levantarse en Sudamérica a dos competidores: el cine argentino y el mejicano, todavía artísticamente vacilantes y muchas veces extraviados, pero ya económicamente poderosos y promisores. El público se adapta de nuevo al «100 x 100 parlante», pero ahora en estrellano; y las películas con letreros corren el riesgo de verse de más en más pospuestas. Por esto reaparece el «doblaje», como un esfuerzo de predominio comercial en los países de habla española.

¡Qué ocurrirá con esta novedad, vieja ya de muchos años! Siempre es difícil hacer vaticinios. Una parte del público la aceptará buenamente; esa parte del público que quiere únicamente saber «qué pasa» y a la que poen cosa más preocupa; otra parte, la más sensible o avisada, y, sin duda, la menos numerosa, lo rechazará.

Probablemente el «doblaje» definirá una etapa más en la azarosa vida del cine; dará posibles resultados cuando se practique con los instanciales productos de la industria y dará resultados detestables cuando se pratique en películas de más noble jerarquía.



L I B R O S

HORA CIEGA. — *De Sara de Ibáñez.* —
Editorial Losada. — *Buenos Aires.*

Sara de Ibáñez ascendió a la fama de la mano de Pablo Neruda, por amplia y señoril escalinata. Pese a ser Neruda un poeta máximo, tal padrinosaje no añade nada a la calidad poética de su ahijada. Sirvió, sí, para escalar, de entrada, las pequeñas voces de los pequeños roedores que son los pequeños eríticos, los de la balanza y el medidor, enmudecidos ante la dimensión y la nobleza del padrino. Neruda no fuese Neruda — enorme y fino, candaloso e inponderable — fuese un retorcedor minucioso en su espaldarazo, no habría podido restar un adarme al tesoro que en sí lleva Sara de Ibáñez; que si no por puerta imperial, por menuda y florida portezuela de huerto hubiera accedido — si hoy no, mañana — al jardín de los elegidos, en el que muchos creen estar y muy pocos moran. Mas todo esto nada tiene que hacer con la poesía.

En «Hora Ciega» descorre en parte, pero con segura mano, el velo que oculta su misterio y su angustia. La ha aceptado; en ella vive y de ella. ¿Hay poesía sin angustia?

Ardua, empinada vereda es la que conduce

a la serenidad interior, más dura de conquistar para sí que de dar a los otros. Va triturando días un semipíterno molino, y sus aspas señalan caminos divergentes, dispersadores meridianos, como los de un enloquecido trompo. La criatura de tiempo extraviá en ellos sus rumbos y sus fines; la criatura de eternidad encuentra su eje en la renuncia y se consume en el polo frío en donde se anudan los hilos de todos los senderos.

Sara de Ibáñez, poeta, se entrega, dulce y amargamente, a su destino: levantar en sus manos el día invulnerable y sin sombras; en sus manos, gajos alzados como nardos en la berrasea, blancas en la negrura del viento.

Pese a su actitud dolidamente contemplativa de la hora ciega; pese a su terca voluntad de paz; pese a su permanencia en la espiña y en el manzano; pese a su frente estellar y a sus pupilas, a las veces frías como agujas, el pétalo de la cieuta se insinúa en sus versos con la liviandad de un párpado: es el regusto acerbo de la lucha que librán sus dos criaturas, la del tiempo y la de la eternidad. Ella se precia de haberlas conjugado, afrontando valerosamente el hielo:

«Creció la frente hasta habitar el frío;

.....
«... y no temblar de pecho que se enfriá.»

vóres (1936), «El Alma y el Ángels» (1938), «Espejo sin muertes» (1941), precedieron y están por muchos sutiles lazos, en circular corriente unidos a este «Concierto de Amor» (1945). Los transcribo aquí, puesto que siento ya en los títulos una resonancia, un eslabonarse de estremecimiento y aleluya, de vuelo y cruz de laudes y claricordio, que vienen haciendo de la poesía de Esther de Cáceres — dentro de una elaborada unidad de mérida y tono — lo que ese último título estampa: un concierto de amor, en este tiempo que vivimos, «tiempo triste e incendiado, entre muertos solos y libros puros, perdidos y altas puertas cerradas, entre las ramas que el sol toca y la cara tranquila de las cosas». (Permítame la autora desglosar así, el impecable andamiaje de sus versos). En todas esas obras, el júbilo de la criatura humana, el perseguido éxtasis de su alma por transfigurarse desde la tierra y el sufrimiento en este peregrinaje de ella por el mundo de las cosas creadas, «entre espanto y maravilla», un tono sagrado, de real pertenencia poética, tratando de evadir y de sobreelvase en perpeticiones y timbres al tono profano, le viene dando desde su primer libro, a sus poemas, una inconfundible vivencia — ardiente, — la de atravesar más que poseer aquello que los sentidos corporales llevan al cerebro. — Su alquimia, consiste, a diferencia de tanta cerebración hoy imperante, no en rarificar esas sensaciones, si en dejarles la pristina pureza intangible de su esencia y vida, (su nombre sólo, a veces!) y la belleza de su claridad absoluta en la percepción y el goce. Con tan auténtico, como primario recurso (estéticamente clásico en su desnudez) son traídos y personalizados de nuevo a maravilla elementos que existen en el poema, desde que la poesía es: el árbol, el viento, la noche, el aire, el mar, el fuego. Paralelo a ello, ha habido siempre en su expresar, un esfuerzo sin violencia, un esfuerzo respirado diría, de inmaterialidad, que le confiere a su obra clima, continuidad, insistidas sonoridades propias, sonidos apoyados en su valor armónico, pero siempre tendidos en espiritualización, de trascendencia como en ciertos escritores (San Juan de la Cruz, por ejemplo), cuyo don sensorial (más que sensual) adquiere una esfractificación luminosa, mística sin deshumanizarse jamás.

Con esto ya, Esther de Cáceres tiene su

estilo, limpido y tallado, vara alta entre esfuerzos extravagantes y voces «poéticas» que se deshacen terriblemente, cómicamente, en deliciosaencias y eufemismos estrambóticos (omito ejemplos)... Y por eso dije más arriba: (con su nombre sólo, a veces!), hoy que se nos dan tantos vocablos transladados de significación, con un sentido «a capricho» y desde luego en absoluta antítesis con el nombre substantivo que encarnan.

En nuestra producción actual, no hay un solo caso comparable de criatura humana, que como este poeta, ponga en llama y tan al descubierto, su don de tránsito, antena, de todo lo que las otras existencias llevan de sufrimiento y regocijo. A ella la traspasan en sus encerrados sentidos para constituirla crisol o voz (canto!) de lo que la carne sufre, los ojos ambicionan, acarician y también lo que el alma percibe con sus órbitas, que solo ella las posee para las cosas visibles y las invisibles. Tránsito primero, zumo luego para las palabras que contendrán el tamizaje poético, el impetu y el poderío de apasionarlo en el verso.

; Todo va por mi sangre
en largo espejo sumergido!

Me tiendo en playas de oro... ,

Salgo al campo nocturno... .

Doy al aire del mundo
el cabello agitado,
la mejilla encendida... .

; Y se andar entre espadas y entre espinas!

Este ser suyo universal, este potencial de sentir es lo que la erige — contra toda teoría, contra todo argumento — en poeta. Con lo que vendremos a convenir de inmediato y una vez más que el arte es un modo y manifestar de amor, en su clieubración íntima y en su formulación final.

Ya en otra oportunidad, doliéndome de un filósofo nuestro indiferente a la danza, a la escultura y a la arquitectura he escrito que los hombres nos diferenciamos sólo por nuestra capacidad de amar, que vale tanto como percibir primero, poseer y obtener el amor al fin de todo ese encadenamiento, de materia y espíritu, hacia la perfección. Y no es que crea que este alcance del amor por el conocimiento sea nada más que individual.

Y no es que crea que sólo en las religiones el conocimiento intuitivo conduce al amor. Las únicas ideologías sociales que han respetado en sus evoluciones y fueros propios la

posición del hombre material, son consecuencias de ese mismo principio y fin que no es otro que el de comunión, y luce sobre este convulsionado planeta que vamos viviendo.

El caso de la obra de Esther de Cáceres por el hecho manifiesto en el espíritu de la misma, de estar dentro de un determinado credo religioso nos obliga a especial cuidado más que de deslindar de subrayamiento entre lo humano común, lo estético y lo religioso. Algo llevó dado a entender sobre lo primero. Dejemos lo religioso para el final.

Sabido es que las nueve masas de la mitología helénica, inseparables, se separaban al amanecer y, cada una trabajaba por su parte. Cuando por la noche, se acercó el jubiloso reencuentro, no hablaban, danzaban juntas la ronda más entrelazada que concluir pudiera quien las creyó dispersas. Todo gran arte tiene que poseer esa misma calidad, de unidad dividida y deberá participar íntegro de aquél separarse y de aquél reencuentro.

Si esto no acontece, es el extravío (el de la poesía pura, o la pintura pura, o la música pura...), con el cual concepto se ha venido defraudando, cuando no embaneando, cuando embadurnando, el auténtico crear de arte. Es innegable que la poesía de Esther de Cáceres se esfuerza también, confina y crea planos de la más pura música (no musicalidad, que este fué el error, confundir música, con musicalidad).

Pero esta asceveración del plano estético yo la siento compenetrada con su espíritu religioso, que es su esencia misma, su ramaje de fuego y de sangre. Porque esa música surge de la jerarquía que toman sus vocablos, o sea el material exterior de su construir, en el entrañable y extraterreno sentido que tiene, por objeto y por medio y final el canto en ella.

No es fácil al lector profano, entrar en el secreto, de ese Tú, que a través de todos sus libros, hiere como una saeta, sino intuye que el poeta está transido, vivido por la pasión y misericordia del personaje Jesús de Nazaret para ella ser supremo, divino, de Dios a hombre sacrificado. Es lo que para muchos tiene de inabordable, de misterioso y obscuro su poesía. Y no falta quien, falto de recursos, de profundidad y de intenciones encuentre ambiguo o terrenal ese Tú o El que ella quiere sublime, por el hecho de sentirlo su Dios y hombre en la suma de los martirios,

la que vino de los hombres a crucificar su cuerpo de hombre, considerado ese martirio lento de su calvario como la mayor tortura humana que infiligr se le pudo en su pasaje por la tierra.

Porque tu ser tendido
yacente, en mis rodillas
me atrae como la sed. Hacia la muerte
como hacia el mar me inclino
y me busco en tu faz como en espejo
hasta que el día declina.
Duermo entre tus imágenes
redobladitas y vivas
y la aurora sorprende un raro sueño:
Yo voy corriendo mi veloz carrera
sobre mármoles fríos.

(*Nocturno herido*.)

No ha aparecido que yo sepa hasta el presente, en sus poemas lo que hubo en ese calvario y crucifixión de enjuiciamiento y condena ideológica. Y señalo de paso en este último sentido un poema que concepción extraordinaria de Federico Morador: La Cruz. (Ver Exposición de la poesía uruguaya del poeta Julio Casal. Editorial Claridad); y algunas páginas del inquietante Mesías Perplejo del mismo autor (Editorial Ziz-Zag. Chile).

Desde aquel otro miraje su poesía está dentro de la gran tradición mística, en una época, en que la misma Iglesia Católica Romana, no se ha mestrado muy cuidadosa sino de dejarla relegada al pasado (lo que sería un contrasentido) por los menos de exaltarla y tenerla en primer plano más general, más visible, y no como lo está, en patrimonio de una élite intelectual creyente. Desconozco las críticas que ha de tener en tal terreno o como se la considera en el campo de las apreciaciones actuales de la Iglesia Católica.

Mirada desde el mio la declaro una y única por la pureza de su decir, la limpidez de su verbo, el alcance logrado de forma y contenido. Poemas como El canto ardiente: Estás de pie quemándome tu Muerte!

Los ríos de fuego corren
sobre el cielo de invierno!
Se inclina sobre mí
tu Muerte. Ya se apoya
sobre mis hombros lentos
Palpa todo mi cuerpo...
Habla tu Muerte.
Es tu voz, son tus manos
y ya no es más tu muerte



sino Tú mismo, Tú resucitado
porque te doy mi ser
en este canto ardiente

Y este: «El Fuego»

Ya lejos de los árboles ardientes y mortales
yo me acerco a cantarte!
Recuerdo la alta llama:
los grandes bosques que tu mano quema;
los muros derribados
entre las voces que la angustia vela;
y el metal de la guerra
por donde corres como vena ciega.
Requiero el gran secreto
con que te guardo dentro de mis huesos
cuando en las horas lentes
el verano te esconde,
en cada flor sedienta.
Y te amo hijo del aire,
Fuego — Casa de Amor — barca del Aires,
barca del Día en el Aire!
Único árbol despierto a través de la Muerte!
Más sólo que la Muerte!
dan enval y terminante muestra del rigor de
su arte poética. Por encima de la forma lí-
teraria, nos queda en el entendimiento la
voz inconfundible. Sólo un poeta como ella
lo es «por naturaleza, por necesidad y man-
dato ancestral de serlo» puede llegar a man-
tener y expresar en tan asombroso y per-
fecto trance de simultaneidad, lo que lleva-
mos en las entrañas de dolor y de gozo cuando
amamos, cuando el otro ser — el amado —
nos separa de nuestra misma presencia
para que percibamos mejor nuestro propio
ser sin olvidar que en ella, lo que en nos-
otros es pasional, tiene la consumstanciación
del Díos. Y le haré decir suspensa de gracia
y de reconocimiento
;Todo me ha dado, el que me tiene toda!

Luis Edwards Pombo.

R E S E Ñ A

«Historia de una Historia», novela por Alfredo Dante Gravina. — Editorial Teatro del Pueblo, Montevideo 1944.

Sobre esta obra don Angel Ossorio y Gál-
lardo ha emitido el siguiente juicio:

«Lo que encuentro mejor en ella es la cri-
sis espiritual del protagonista contra su mu-
jer cuando le asalta la miseria y cuando se

reeluye en el sanatorio. Esas páginas son
realmente excelentes. Claro que él no es un
hombre sino un juguete de los vientos. Pero
la humanidad es así y así hay que tomarla».

Y el poeta Arturo Capdevila se expresa así:

«Usted se me presenta como un escritor de
verdad; y como es además usted un autor
conocido según leo en sus referencias per-
sonales, se explica muy bien que su *historia*
marche, ande, viva, en una prosa que no se
deja estar sino que nos lleva siempre adelan-
te con maestría».

Desde Buenos Aires nos escribe Vicente
Barbieri, anunciándonos la publicación de su
primer libro en prosa: «El río distante»,
relatos de una infancia, Editado por Losada.

Pedro Leandro Ipueche publica sus «Cami-
nos del canto», tomo de 574 páginas, que
constituye una magnífica visión integral de
ese lirismo suyo, tan intenso y de tan propio
cento, y que le ha asignado una posición
trascendente en el coro poético de América.

Diagonal y Diez y Ocho, novela por Julio
Verdile, 1944.

El poeta de «Adótico Cielos» (1929), autor
dramático y novelista de «El Abismo» e «Hil-
vans», dió a publicidad su novela «Diagonal
y Diez y Ocho» cuyos capítulos se desarro-
llan en el Montevideo del Centenario de la
Independencia Nacional. Lo más comovedor
de los últimos tiempos, huelgas, depresión eco-
nómica, desocupación, guerra de España, se
proyecta en la novela de Julio Verdile de quien
dice un crítico: «El aspecto social y político,
que el lector puede hallar en «Diagonal y Diez
y Ocho» corresponde a lo objetivo transito-
rio, a lo que se ha ido para no volver y que J.
Verdile, en instantáneas impresionistas, reve-
ladas hoy, recogió en la década precedente,
arquitecturando con ellas su novela, a la ma-
nera de los modernos escritores americanos,
como Elmer Rice y John Dos Passos.

Zarzas, cuentos por Dionisio Trillo Pays. —
Claudio García y Cia., Editores. — Mon-
tevideo, 1944.

Es Dionisio Trillo Pays uno de los jóvenes
autores de cuentos más interesantes surgidos

Bolland se inscriben en el pórtico de estos cuadernillos donde las novísimas generaciones argentinas alzan sus voces líricas en fraternal desfile.

Meridón, N.º 1, Montevideo.

Apareció el primero de los Cuadernos Autólogos de C. E. I. S. B-O dirigidos por Humberto Zarrilli, Manuel de Castro y Roberto Abadie Soriano. Es un esfuerzo editorial de distinguidos amigos animados por el mejor fervor lírico. Agradecemos las palabras que le dedica a nuestra revista y angramos la continuidad de esta serie de cuadernos, iniciada con tanto brillo.

En la Biblioteca Cervantista Amelia Martí de Fierpo

Para Orlando Virgo

*Tú si yo no soy
descendiente de mi Dulcinea del
Toboso, histante, como ya te dije, estar au-
rente della. En pues, manos a la obra.*

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha
Parte I Capítulo XXXVI

Le basta a mi dolor estar ausente
Para infundir alegría a mi quebranto,
Y aqueste Palmerín canta su canto
De abrileño portal, lumubre y simiente.

Cástor y Pólux bésanme la frente
Para desencantar el desencañato,
Viejos infolios, sustituyen llanto,
De caballeros, amorosamente.

Verdad es el amor que siempre vive
Y el hombre fiel en el recuerdo mora;
Platónicas vivencias en la idea.

Que en aqueste salón lo que se exhibe
Es la eternización de mi Señora,
Lo sin par del Toboso Dulcinea.

J. C. Cabat Pébet.

El pintor Berdúa en México

El pintor Berdúa, becado por el Gobierno uruguayo, se encuentra en México. A su paso por Santiago de Chile formuló interesantes declaraciones a la prensa, observando con gran alegría que ya en Chile, en Argentina y en Uruguay la asimilación de los aportes europeos están siendo conjugados por

distintos grupos de pintores, con la afirmación de una realidad ambiente.

En el diario «Universal» de Lima nuestro compatriota publicó una escena de alta mar del incendio del buque escuela chileno «Lautaro». Fué luego reporteado por un cronista de «El Nacional» de México donde habló extensamente sobre la Revolución Mexicana, los muralistas y la influencia de México en los pueblos de América, sosteniendo que la pintura mexicana es la pintura del porvenir.

«La Revolución Mexicana —dijo— está dando a América guías destacados y experiencias ejemplares. En lo económico y en lo político, la lucha por su liberación es señalmente admirable; en lo educativo, su reforma escolar no tiene precedentes; su movimiento obrero es tenido por nosotros como el más avanzado y respecto al Arte, huelga decir que estimamos la gran producción de México como la expresión más alta de la pintura mural del mundo.»

*Hoy, Padre, es Navidad». — Francisco Ale-
jandro Lanza. — Biblioteca «Alfar». —
Montevideo.*

Una nueva edición de este bello libro. Uno de nuestros más altos valores, Luisa Luisi, hablando de este poeta, decía que en sus versos el dolor se enriquece de una honda comprensión de vidas.

Poesía intensa, recóndita, recogida en los silenciosos hontanares de la ternura. La palabra es sencilla, aspirando más que a la sonoridad, a la fervorosa y desnuda expresión franciscana. Un sentido religioso estremece el drama de la faena del espíritu.

Canción de té, en donde las abejas de la infancia zumban con un rumor de los lejanos romeros del recuerdo.

El vuelo se alza vigilante y callado. Ya no es el hombre que escribe versos. Es el poeta que reza.

LIBROS RECIBIDOS

En el próximo número, nos ocuparemos de: «Literatura francesa», por Héctor P. Agosti. — Editorial Atlántida. — Buenos Aires.

«Antes que murieran», de Norah Lange. — Editorial Losada. — Buenos Aires.

«José Serrato, un Ejemplo», de Juan Carlos Welker. — Montevideo.

«Poesía», Emilio Oribe. — Editorial Mundo Libre. — Mdeo.

RESEÑA



Arte Griego. Figurillas de Tasnara y Mirina. (alt. mt. 0.27 y 0.20)

Las mujeres de Mirina, la Tasnara del Asia Menor, conocían su fuerza amorosa. El alma verdadera de la Grecia asiática, ardiente en la voluptuosidad y expareciendo su llama en la inteligencia helénica, reside aquí antes que en la gran escultura decorativa de la misma época.

Elie Faure.
(HISTORIA DEL ARTE)
Edit. «Poseidón»

Una obra, sin duda de evidente interés para los amigos de las artes plásticas, es la divulgación de una serie de reproducciones de arte griego, egipcio, indú, gótico y arcaico-griego, hechas por el escultor uruguayo Luis Mazzei, en precisos y delicados calcos.

La divulgación de estas obras, como así mismo la de valiosos libros de arte, cuya mayor jerarquía corresponde a las ediciones «Hyperion» y «Phaidon» de los E.E. U.U., se debe a la labor que realiza el pintor E. Homero Clerici en su Librería «Selecciones», Ejido 1271. (Frente al Palacio Municipal).

Los ejemplares de «Hyperion» y «Phaidon» constituyen los últimos del stock en el Continente, por lo cual una vez agotados; las reediciones de dichos libros no serán fiables hasta dentro de varios años.

En la exposición permanente de «Selecciones», se destacan entre otras, las siguientes obras: Miguel Angel (Pintura y Escultura), Rafael, Esculturas Etruscas, Retratos Romanos, Holbein, Donatello, Goya, Rembrandt, Velázquez, Daumier Toulouse Lautrec, Maitland, Renoir, Manet, Van Gogh, Gauguin, Degas, Picasso, etc.

También se encuentran las ediciones argentinas de gran presentación: «Poseidon», «Losada», «Ateneos», etc.

En forma especial se presentan las colecciones de grabados y reproducciones plásticas de artistas compatriotas, tales como Carlos González, Roberto Orlando, Carlos Alberto Castellanos, Javier Cabrera y numerosas obras adquiridas por los amigos de las artes plásticas más exigentes.

SELECCIONES
DISTRIBUIDORA AMERICANA DE PUBLICACIONES
EDITORIAL - LIBRERIA

EJIDO 1271 - TELEF. 90919

MONTEVIDEO - URUGUAY

B A N C O C O M E R C I A L

M O N T E V I D E O

Fundado en el año 1857

E L M A S A N T I G U O D E L R I O D E L A P L A T A

Casa Central: Cerrito 400

Agencia Aguadn: Rondeau 1918

Agencia Cordón: Constituyente esq. Médanos

Sucursales en:

Mercedes, Paysandú, Salto y Melo

La Especial de Niños

Mantén la tradición

de la elegancia infantil

en el Uruguay

ESTEBAN CÁMPORA

60 lugubres años en la calle 18 de Julio

18 de Julio 1283 frente al teatro

BERTONI Hnos.

PRODUCTOS

PORCINOS

CONSERVAS

ALIMENTICIAS

RAFFO 445

MONTEVIDEO

HOTELES CASINOS MUNICIPALES

HOTEL CASINO CARRASCO

Inaugurará su temporada veraniega el 28
de diciembre de 1945.

HOTEL CASINO MIRAMAR

Será librado nuevamente con todos sus
servicios, el 1.o de enero de 1946.

PARQUE HOTEL CASINO MUNICIPAL

Amplios y suntuosos salones de fiestas y
de comedor frente al mar.

Todas las habitaciones
con baño particular.

*Los señores golfistas que se alojan en el hotel podrán hacer uso
libremente de la cancha municipal de golf de Punta Carreta y
de todas sus instalaciones.*

Confíe sus negocios al Banco del Estado

**EL BANCO DE
LA REPUBLICA**

CONSTITUYE LA RED DE SERVICIOS BANCARIOS

MAS COMPLETA QUE EXISTE EN EL PAIS.

ADEMÁS DE LA CASA CENTRAL MANTIENE
LA CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS Y SEIS
AGENCIAS EN LA CAPITAL Y CINCUENTA SUCURSALES EN
LOS DEPARTAMENTOS

Administra también el Mercado de Frutos y los Graneros Oficiales

Dirección General de Impuestos Directos

PAGUE EN PLAZO SUS IMPUESTOS,
Y AHORRARA CON ELLO GASTOS Y
MOLESTIAS



*Cuide la salud de sus niños,
no ensaye con tónicos desconocidos, la*

MALTA MONTEVIDEANA
cuénta con la experiencia adquirida en 50 años.
Es un producto de las
CERVEZERIAS del URUGUAY.

ULTIMAS NOVEDADES

DE EDICIONES PUEBLOS UNIDOS

	M./u.
ROSAS EL PEQUEÑO, por Rodolfo Puiggrós	\$ 2.50
CERVANTES, por Jean Cassou	" 0.75
NAPOLEON, por Eugenio Tarlé	" 3.00
DEFENSA DEL REALISMO, por Héctor P. Agosti	" 1.50
TOLON, por Jean Richard Bloch	" 1.00
LA CAIDA DE PARIS, por Ilya Erenburg (obra completa)	" 3.00
ASI SE FORJO EL ACERO, por Nicolás Ostrovsky	" 2.50
EL CAMINO HACIA LA VIDA, por Antonio Makarenko	" 2.50
LA VIDA HA COMENZADO, por Antonio Makarenko	" 2.00
VIDA COLECTIVA, por Antonio Makarenko	" 2.50
LA ESTRELLA DE ORO, por Nicolás Nikulin	" 1.00
KUTUSOV, por Mijail Braguin	" 1.80
LOS INDOMABLES, por Boris Gorbakov	" 1.00
LAS MONTANAS Y LOS HOMBRES, por M. Ilin	" 1.50
UN PASEO POR LA CASA, por M. Ilin	" 0.60
CINCO AÑOS QUE CAMBIARON EL MUNDO, por M. Ilin	" 1.00
LA HISTORIA DEL LIBRO, por M. Ilin	" 0.60

Pídalo en todas las librerías y a EDICIONES PUEBLOS UNIDOS Ltda.

Colonia 1562 - Casilla 589 - Tel. 4 20 94 - Montevideo - Uruguay

**Distribuidores de Ediciones en Lenguas Extranjeras de Moscú
Libros, revistas y diarios soviéticos en todas las lenguas.**

EUROPA RETORNA A LA NORMALIDAD

ES EL TRIUNFO DEL DERECHO Y LA JUSTICIA

Banco La Caja Obrera

DEPARTAMENTO DE NEGOCIOS CON EL EXTERIOR

Gire por nuestro intermedio a sus familiares en los países liberados, en las máximas condiciones de seguridad y rapidez exigibles.

Es un nuevo y muy útil servicio que libraremos a nuestra distinguida clientela, en coordinación con American Express Co., de New York (U. S. A.)

Háganos una visita. Casa Central: 25 DE MAYO 500.

Banco Español del Uruguay

25 de Mayo 481 - 485

FUNDADO EL 1.o DE JULIO DE 1936

•

Realiza toda clase de operaciones
bancarias en las condiciones más
ventajosas

Niños lindos
porque son
SANOS

**AVENA
PURITAS**

ES BUENA PARA LOS CHICOS



LA EDITORIAL LOSADA

Distribuye "Alfar"
en toda América

PEDIDOS A ALSINA 1131

BUENOS AIRES

Pelo BRILLOL

El fijador ultramoderno para el hombre y la mujer elegante

ES 5 VECES BUENO PORQUE: 1 - Fija bien el cabello sin pegotearlo. 2 - No es grasoso y no mancha. 3 - No deja polvillo o escamas blancas. 4 - Proporciona hermoso brillo y tiene agradable perfume. 5 - Posee beneficiosas cualidades debido al aceite de ricino que contiene.

PELO BRILLOL AZUL para las damas. Brinda una hermosa apariencia al cabello. Lo asienta con suavidad. Favorece especialmente al peinado alto.

EN VENTA EN FARMACIAS y PERFUMERIAS

DISTRIBUIDORES

DROGUERIA SURRACO SOC. LTDA.

Representante SUAR Soc. S. A. de Repres, Ltda.

El Programa Cinematográfico Glücksmann

PRESENTA

Las películas de mayor difusión

Las de más viva actualidad

Las de mejor calidad artística

Electrolux

ASPIRADORES DE POLVO

JUNCAL 1382

Teléfono 8 61 65

Ariston Internacional Films S. A.

CUAREIM 1416

Teléfono: 8 36 91

Montevideo

20th Century - Fox

El sello de los grandes éxitos cinematográficos

Enseñe música a sus niños

PALACIO DE LA MUSICA

Rodolfo y Ricardo Gioscia

18 DE JULIO 1988

HOGAR Y DECORACION

Una publicación netamente uruguaya,
al servicio de la más sana orientación
en favor de los principios fundamentales
de la Arquitectura, el Mobiliario, la De-
coración de la casa, el Arte y el buen gusto

Lujosamente ilustrada

Ejemplar \$ 0.50

En Kioscos y Librerías

Ministerio de Hacienda

Oficina de Recaudación del Impuesto

Extraordinario a las ganancias elevadas



Se pone en conocimiento de los contribuyentes, que, dentro de breves días la Oficina de Recaudación quedará habilitada al público.

HOGAR Y DECORACIÓN

Plaza Independencia 768

Paramount

Una gran Productora de Films

COMPAÑIA AGUAS CORRIENTES

MONTEVIDEO

HORARIO DE OFICINA

de 11 y 30 a 17

Sábados de 9 a 12

ADMINISTRACION: ZABALA 1395

Cines de la C.E.N.S.A.

Ambassador

Mogador

París

Astor

Renacimiento

Capitol

Victory

Azul

DEVENIR

ARTES,
CIENCIAS,
LETRAS.
FILOSOFIA ORIENTAL

CUANDO LLEGA LA NOCHE...



MILLONES DE LAMPARAS ELECTRICAS SE ENCIENDEN EN EL MUNDO!
USANDO LAS LAMPARAS DEL AÑO 1900, LA MISMA CANTIDAD DE LUZ ELECTRICA QUE HOY SE EMPLEA EN AMERICA COSTARIA \$ 8.000.000.000 MAS POR CONCEPTO DE CONSUMO EN UN SOLO AÑO!!
ACTUALMENTE LAS LAMPARAS DE ALTO RENDIMIENTO LU-MINOSO CUYA PRODUCCION INICIARA

GENERAL ELECTRIC

Ahorran en consumo tres veces su precio de costo!

ADQUIERA ENTONCES...

LAMPARAS

EDISON MAZDA



Redacción: JUNCAL 1414 - Edo. 1

Teléfono 84003

La correspondencia debe dirigirse a
CASILLA DE CORREO N° 147

MONTEVIDEO - URUGUAY

Administrador: Elba R. de Cattaneo

Dr. Héctor Laguardia

Médico Cirujano - Dentista

Profesor de Clínica
Quirúrgica y Semiología,
Otorinolaringología
Rayos X

YI. 1290

TELEF. 84-6-39



CIFSA ES LA CLAVE DE SUS PLANES PARA EL FUTURO

Convengamos en que sobre la base de estos cuatro amplios orientaciones: Casa Propia; Educación de los hijos; Confort en el hogar y Renta para la Vejez, Vd. construye sus planes para el mañana. Existe múltiples razones para que dé prioridad—entre todas—a lo CASA PROPIA. De manera que su primer paso, ha de ser, para consolidar esa indiscutible primera etapa. Felizmente, Vd. encontrará de inmediato en el sistema, la solvencia, la responsabilidad y la capacidad técnica de CIFSA, a un eficaz colaborador. Lo que hará posible la realización de sus propósitos. Consulte hoy, esta tarde mismo a CIFSA, para iniciarse exitosamente en el camino de su futuro.

PRESIDENTE
Sr. José Piñera Suárez



CIFSA

SOCIEDAD ANÓNIMA DE CRÉDITO RECÍPROCO

18 de JULIO 1622 - TEL. 43080-48333

Se. Gerente de CIFSA-dos MARIO CASTRO RUIBAL

Av. 18 de JULIO 1622 - Santiago

Siérvase contestar a este telegrama o remita el sobre

diente "Al sobre recordar" a la siguiente dirección:

residencia

Teléfonos

correo

Gratis la remisión
el sobre recordar
el 20 ags. - Vía Dada
Recordar - Subsidio
por medio de este
correo.

Un siglo de tradición

LIVRE

LA REINA DE LAS YERBAS

Todos los baldes de 2 y 1/2 y 5
kilos contienen premios.

EL ACEITE PRINCESA

Es necesario en todo hogar donde se quiera
cuidar el buen gusto de las comidas y la perfecta
función del estómago.

DISTRIBUIDORES
PESQUERA y Cía.
MONTEVIDEO